

LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 10.—Madrid 5 de Abril de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por M. Ricra.—*Mi sobrino*, por Blas.—*Los grabados*.—*Últimas horas de la vida de Jesucristo*, por el P. Miguel Mir.—*Santo Tomás de Aquino* (conclusión), por el P. Martínez Vigil.—*La Cruz*.—*Traducción del himno Stabat Mater*, por D. Antonio García Queipo.—*La última cena*, por D. Juan Nicasio Gallego.—*La religión cristiana*, por D. Francisco Laliga Jorguell.—*La ro. a blanca de los Kermadeck*, por D. Angel Zarzuelo de Cancio.—*Revista de conocimientos útiles*.—*Advertencia*.
GRABADOS.—*Ecce homo*.—*Muy Rdo. P. Antonio María Anderley*.—*Recuerdos de Andalucía*.—*Bendición real al día de Pascua de Resurrección*.—*Mons. Félix Antonio Filiberto Dufanloup*.

REVISTA

PASEANDO uno de los últimos domingos por las avenidas de la Moncloa, vimos con pena y escándalo á más de doscientos penados trabajando en los desmontes de la nueva Cárcel-modelo. El desacato del Estado contra el precepto divino nos pareció tanto mayor, cuanto que no se trataba solamente de una obra pública de las que el Estado contrata con empresarios codiciosos, ávidos de exprimir el presupuesto de las subastas, sino de una obra pública administrada por el mismo Estado y ejecutada por hombres de cuya libertad dispone y á cuya manutención está obligado á subvenir.

Si el Estado manda trabajar en domingo á obreros libres, éstos podrán, en uso de su libertad, mudar de contratista y de obra; pero los presidiarios, ¿qué remedio tienen sino bajar la cabeza, empuñar el azadón y trabajar á lomo caliente todos los domingos del año?

Repetimos que el hecho nos produjo gran escándalo, porque además se trataba de unos desmontes que hoy son más bien de ornato que de necesidad, y nunca de una necesidad ineludible, demostrada y urgente. ¡Y doscientos hombres empleados en esta faena! La infracción del precepto dominical tenía hasta la circunstancia agravante de cometerse en Cuaresma.

Nos retiramos de aquel sitio lamentando la conducta del Estado, que ofrece tales ejemplos á sus administrados para que cumplan los mandamientos de Dios, sin los cuales no valen de nada los Códigos y leyes civiles.

Pero con la misma franqueza que consignamos el abuso debemos consignar aquí el saludable remedio, la pública satisfacción del Gobierno, dada en la real orden del ministerio de Fomento, fecha 26 de Marzo, en la cual se previene que «siendo la observancia del precepto de santificar las fiestas un deber de cuyo cumplimiento no cabe prescindir en manera alguna», el Gobierno «considera que es su obligación dar saludable ejemplo». Al efecto, el ministro se dirige al Director de Obras públicas encargándole «no consienta que en las obras públicas que se hagan por administración se trabaje en los días festivos, salvo el caso en que una necesidad apremiante lo exija imperiosamente, procediendo en estas oca-

siones previo acuerdo con las autoridades que las leyes canónicas previenen».

Sólo hemos de añadir que, siendo tan laudable la real orden, es preciso que dure el mandato y sobre todo que se cumpla.

Las Conferencias del Sr. Obispo Auxiliar han terminado con un éxito prodigioso, que, atendiendo á las condiciones de nuestra sociedad — no á las del orador, ciertamente — han excedido en mucho á nuestras esperanzas.

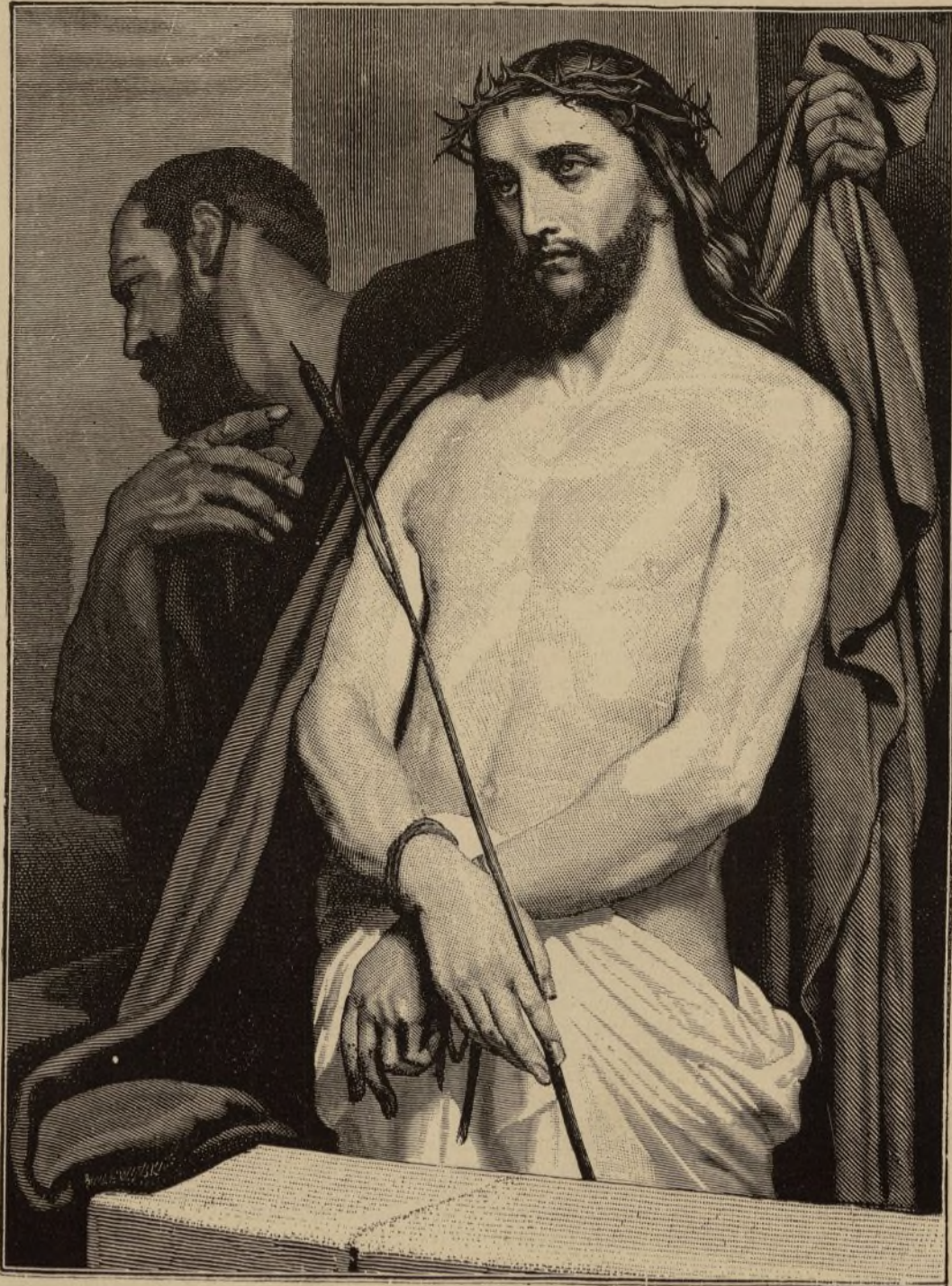
La última tarde la concurrencia fué tan extraordinaria que, llena la iglesia de San Ginés, sus capillas, su coro y su presbiterio, aún hubo más de una mitad de concurrentes que se quedaron fuera.

El Obispo estuvo más admirable que nunca; ¡con qué rigor lógico precisó los argumentos! ¡con qué acierto supo escogerlos para herir el entendimiento de su auditorio! ¡con qué novedad expuso las ideas, y con qué elocuencia y corrección supo formularlas!

Como las Conferencias van á publicarse, no intentamos hacer aquí ningún resumen ni extracto, porque nos parecería un desacato á la ciencia y á la literatura poner mano y entrar á saco en tan doctos, tan bellos y tan admirables discursos. Los que lo han intentado se han estrellado en la empresa.

Una revelación vamos á hacer que ha de sorprender á los que han oído las Conferencias. Todas han sido preparadas de uno á otro domingo, y la última, que á nuestro juicio ha sido la más notable, el viernes anterior, es decir, cuarenta y ocho horas antes, no estaba sino bosquejada. Apenas puede creerse esta maravilla, y, sin embargo, nosotros podemos atestiguarlo para mayor admiración y asombro de los que han oído las Conferencias.

Las cuales, aunque parecen tener antecedentes en las de Nuestra Señora de París, predicadas por oradores tan eximios como Lacordaire, P. Félix y Padre Montsabré, han sido en realidad distintas, de un corte enteramente nuevo, de una originalidad completa y de un mérito que, por ser distinto, no admite la comparación ni el paralelo.



ECCE HOMO.

El P. Cámara ha invocado en auxilio de su argumentación todos los recursos de las ciencias así sagradas como profanas, así físicas como metafísicas, y le hemos oído, ora exponer la naturaleza de la fe con la teología, ora definir la libertad con la filosofía, ora combatir el libre pensamiento con problemas matemáticos, ora, en fin, hablar como el físico en su laboratorio, como el astrónomo en su observatorio, como el historiador en su biblioteca, como el literato en la Academia, y siempre, siempre como el apologista en la sagrada cátedra.

Las Conferencias del P. Cámara son reflejo vivo de su talento y de su saber, llevan el sello de su originalidad, y pueden considerarse como un género nuevo en la oratoria sagrada. Si este género no fuera tan difícil, formaría escuela; aun así no faltarán predicadores que lo intenten.

**

Para que las Conferencias tengan resultado práctico, el celoso apóstol ha dispuesto tres días de ejercicios espirituales y una comunión general el domingo de Ramos.

«Hasta ahora, decía al terminar su última Conferencia, hemos discurrendo como filósofos; ahora nos toca, ante esos altares enlutados, practicar como cristianos.»

Quiera Dios que la cosecha corresponda a la sementera, para que en esta sociedad, esterilizada por la indiferencia religiosa, broten las flores de la piedad, cuyo aroma regenere el corazón de los hombres.

**

Bajemos el tono para hablar de los sucesos de la semana.

El más importante ha sido la disolución de las Cortes y la convocatoria para otras nuevas. Estamos, pues, en pleno período electoral.

Una observación se nos viene desde luego a la pluma. En una elección en que intervienen diez, veinte ó treinta individuos, suele á veces ser dudoso el resultado; y en cambio, en una elección — considerando en conjunto la de Cortes — en que concurren muchos miles de electores, es el resultado tan fácil de prever que cualquiera se reiría del que en tono profético anunciase que el resultado será favorable á los deseos y aspiraciones del Gobierno.

Hé aquí una anomalía, un fenómeno raro que volvería loco al filósofo que tratase de explicárselo por los medios rigurosos de una lógica honrada. Y, sin embargo, lo que no explicaría un filósofo lo puede explicar admirablemente un secretario de Ayuntamiento de aldea, un alcalde de monterilla, un guarda de montes, el más rudo labriego que no sabe más lógica que sus bueyes.

El Cuerpo electoral opinó hace tres años que convenía á España un Gobierno liberal, y ese mismo Cuerpo, cuya alma es un nuevo problema, opinará ahora que nos conviene un Gobierno conservador. ¿Cuál de estas opiniones será más verdadera?

Hé aquí una averiguación que sólo puede confiarse al célebre Vargas.

El hecho es que las elecciones van á revolver ahora, como siempre, los malos humores del Cuerpo electoral con un revulsivo que cambia radicalmente la dirección de los humores y hace brotar erupciones peligrosas, que muchas veces se resisten hasta á los tratamientos de azufre.

Si el país, esto que llamamos país como pudiéramos llamarlo paisaje, tuviera juicio y entendimiento, podría lograr unas Cortes saludables por un procedimiento sencillo: con sólo elegir diputados á los que no quisieran serlo.

No son las tutorías y curadurías, fielmente desempeñadas, cargos tan cómodos y provechosos para ser vivamente apetecidos. ¿Se apetecen? Pues temblamos por los pupilos y por su patrimonio.

La patria es un pupilo que, como los del dómene Cabra, vive con miserias y trabajos para que engorden y prosperen sus patrones, cortados con las tijeras de los partidos á las medidas del Presupuesto.

¿Está el párrafo enigmático? Pues busquen ustedes luz para aclararlo en el fondo de las urnas electorales.

**

Este número llegará á manos de nuestros suscritores en los primeros días de la Semana Santa.

Si Madrid fuera un pueblo católico, por lo menos en estos días, se cerrarían, no ya los teatros, sino los cafés y las tabernas. La conmemoración de la Pasión y muerte de Nuestro Divino Redentor debiera inspirar sentimientos de corrección y de templanza en los cristianos que contemplan sobre los altares enlutados la Cruz de la Redención ensangrentada por nuestros pecados.

Ya que todo el año se pasa en fiestas, diversiones y despilfarros, que siquiera en la Semana Santa se demostrase un resto de fe en las costumbres públicas y privadas. Pero no será así: ni el empresario, ni el cafetero, ni el tabernero quieren privarse de la ganancia de seis días, y el público, que pudiera obligar á todos á respetar la santidad de estos días, es tan débil, tan flaco en la fe, tan suelto en las costumbres, que invade el teatro abierto, el café ó la taberna sin cuidarse de los respetos divinos, postergados á los goces humanos.

La Semana Santa será como los años anteriores: una fiesta de carácter religioso, con su *carrera* y su *romería* de la Cara de Dios.

El verdadero sentido, la verdadera devoción de la Semana Santa, ha quedado reducido á pocos, muy pocos corazones cristianos.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



AL que pese á los impíos, la Cátedra de San Pedro es hoy, como ha sido siempre, el centro del mundo. Por esto la universal alarma que se apodera de todos los hombres públicos de Europa cuando se oye decir que el Papa puede salir de Roma.

Con motivo de la cuestión de la *Propaganda* ha corrido de nuevo la noticia, y toda la prensa europea se ha preocupado con ella. ¿Dónde irá el Papa si sale de Roma? Hé aquí la pregunta. Creemos que sobre este asunto ha dicho la última palabra el *Osservatore* en el siguiente párrafo, que merece copiarse:

«La época no depende del Papa; depende del Gobierno italiano. El día en que el Papa vea su dignidad en extremo comprometida y su libertad en extremo cohibida, romperá el círculo que le oprime, y, como antes otros predecesores suyos, buscará lejos un asilo más libre y seguro. — Hará lo que acaba de hacer la *Propaganda*.

«Adonde quiera que vaya, irá con él la Iglesia. El pedazo de tierra donde se detenga, será el centro del mundo. Y así como una humilde aldea que le sirva de asilo adquirirá importancia universal, así con su partida quedará Roma privada de toda grandeza.

«Si el Papa permanece en Roma, es sólo por apartar de Roma y de Italia, á las que ama mucho, los gravísimos peligros morales y materiales de que serían víctimas si no vieran á la sombra protectora de la Cátedra de San Pedro.»

Como el Gobierno italiano está ciego, es posible que precipite este suceso. Entonces se verá, si Dios permite que llegue, un hecho prodigioso: que lo que hoy sostiene el trono del Quirinal es la sombra del Vaticano. Quidam de Roma al Papa, ¿y cuánto tiempo durará la monarquía de Saboya?

En el Consistorio celebrado el día 27, Su Santidad creó Cardenales al Sr. Arzobispo de Nápoles y al Sr. Patriarca de Lisboa, nombrando Camarlengo al Cardenal Consoloni.

Preconizó en seguida al Cardenal Sacconi, Obispo de Ostia y de Velletri; al Cardenal Pitra, Arzobispo de Porto de Santa Rufina; al Cardenal Mónaco La Valleta, Obispo de Albano; al Cardenal Oreglia de Santo Stefano, Obispo de Palestrina; al Cardenal Martinelli, Obispo de Sabina; al Cardenal Howard, Obispo de Frascati.

Por último preconizó los nuevos Obispos de la Rochela, Amiens, Gap, de Orán, de Namur, de Luxemburgo, de Cádiz, de Santander, de Oviedo, de Calahorra, de León, de Harlem, de Budweis, de Sydney, de Nueva Orleans, de Hamilton y de Ballarat, haciendo, por último, varios nombramientos de delegados apostólicos y de coadjutores.

En la circular dirigida al Episcopado católico por el Emmo. Cardenal Jacobini, después de declarar que la sentencia del 29 de Enero último no perjudica sólo los bienes de un instituto particular, sino que perjudica al capital destinado exclusivamente al ejercicio del ministerio apostólico del Romano Pontífice para la conversión de los pueblos á la luz de la civilización, declara por orden de Su Santidad que, «á fin de asegurar el porvenir, la sede administrativa de la *Propaganda* para todas las donaciones, legados y ofrendas con que la piedad de los fieles coopere á sufragar los continuos y considerables gastos, será trasladado fuera de Italia».

A la circular acompaña la lista de las procuraciones establecidas para comodidad de los fieles y pronto auxilio de las misiones.

¿Retrocederá en su camino el Gobierno italiano? Más cumple esto á su interés propio que al de la Iglesia.

La reciente crisis del Gobierno italiano se ha resuelto mediante el *ruego* de Humberto al Sr. Depréti

para que continúe en su puesto, reorganizando el Gabinete. Toda otra solución era imposible.

El Sr. Sella, que era una esperanza, ha muerto, según parece, con afán de reconciliarse con la Iglesia, la cual sólo ha podido socorrerle con la absolución *sub conditione* por haberse precipitado la agonía.

El emperador Guillermo se preocupa mucho del movimiento socialista. En la reciente alocución á los presidentes de las Cámaras, ha dicho:

«La nueva coalición parlamentaria me inspira poca confianza, y me sorprende de que se presenten dificultades á la prolongación de la ley contra los socialistas. ¿Se han olvidado los hechos que motivaron la promulgación de esta ley? Si se nos negaran los medios de prevenir la vuelta de estos excesos, consideraré el voto del Reichstag como una manifestación dirigida contra mi persona. Atravesamos un período crítico; ciertas tendencias no miran á otra cosa, en sus desarrollos extremos, que á la destrucción de la Monarquía. Procurad, pues, que todo acabe lo mejor posible.»

Y, sin embargo, el príncipe de Bismark no acaba de convencerse de que las leyes de Mayo han sido poderosos estímulos al socialismo, y que sólo en las soluciones católicas está el remedio. A regaña dientes va cediendo, pero no suelta la última carta.

El Gobierno acaba de dar una real orden devolviendo sus asignaciones á los sacerdotes de Colonia, y se anuncia otra reparación igual para el arzobispado de Posen. ¿Sería éste un paso para la vuelta de los Prelados proscritos en estas diócesis? Dios lo quiera.

La discusión de los presupuestos del Imperio austriaco, ha dado ocasión á declaraciones importantes.

El diputado eslavo Sr. Viteric ha llamado la atención del Gobierno sobre los peligros del *irredentismo*, pues mientras Italia codicia la anexión de algunas provincias esclavas de Austria, Prusia pone la mira en Trieste, considerándolo como un pedazo de manto imperial.

De estas influencias puede temerse el desarrollo del socialismo, que carece en Austria de elementos indígenas.

El duque Federico Pablo de Mecklemburgo Schwerin, hermano del Gran Duque Federico Francisco III, ha renunciado, en su nombre y en el de sus hijos, á todos sus derechos de sucesión al trono gran ducal, á consecuencia de haber abrazado el Catolicismo el Gran Duque Pablo, atraído por los ruegos y la piedad de la duquesa María de Windischgrätz, con quien casó en 1881. Sus derechos pasan al duque Juan Alberto.

Esta conversión ha causado gran sensación en Alemania y en la familia imperial.

La guerra de Egipto da mucho en que pensar á los ingleses.

El general Gordón, aunque se conduce con gran prudencia, no puede con las pocas fuerzas de que dispone acometer nada decisivo. El día 30 hizo una salida de Khartum, y sus soldados egipcios huyeron á consecuencia de un pánico. Las últimas noticias llegan á darlo ya por prisionero del Mahdí; el cual, añaden, pide por su rescate que los ingleses evacúen todo el Soldán, incluso Suakin.

El general Graham ha tenido que retroceder en su marcha contra Osmán-Digna, porque los soldados no han podido resistir á las fatigas de la expedición.

De todos modos, la situación de los ingleses es grave y la solución muy difícil.

La Revolución continúa disolviendo á Francia. De esta verdadera liquidación sacan gran provecho los republicanos, que tienen la barrera del mango. El Sr. Carlos Ferry ha sido nombrado director del Banco de Túnez. El *Intransigente* dice: «Se saquea el presupuesto y se mata á nuestros soldados para que los Ferry se enriquezcan.»

La guerra de Tonkin, guerra como no se ha visto otra igual en el mundo, continúa sin llegar á definirse; es una guerra que parece de piratas, por lo irregular y anómalo de sus procedimientos.

La invasión francesa está por de pronto haciendo gravísimo daño á las Misiones, pues trae irritados los instintos crueles de los annamitas.

Más de doscientos cristianos han sido vilmente asesinados y destruidas sus iglesias.

¿Qué pensamiento se oculta detrás de la bandera republicana en China?

No se sabe; hay quien asegura, sin embargo, que entre sus pliegues oculta un negocio.

Un diario francés nos da la grata noticia de haberse descubierto en el Museo de Hyères el cuadro original de Nuestra Señora de Loreto de Rafael.

Este cuadro desapareció de Loreto cuando la invasión francesa. La Santísima Virgen, junto a la cuna del Niño Jesús, levanta el velo que le cubre. El Niño Dios, echado sobre una almohada, extiende hacia su Madre los brazos. San José, apoyado sobre un bastón, está detrás de la Virgen.

En la república modelo ha comenzado el sistema de tomarse el pueblo la justicia por su mano. «El populacho de Cincinnati, dice un telegrama, descontento a causa de una sentencia demasiado indulgente dada contra un asesino, ha tomado las armas, y después de sitiar la cárcel, ha trabado durante veinticuatro horas un verdadero combate con la fuerza armada.»

Otro telegrama añade que los sublevados tuvieron más de cien muertos y trescientos heridos.

Sin que se pueda aprobar este sistema, hay que reconocer que los amotinados, si es cierto el telegrama, han sido arrebatados por amor a la justicia.

M. RIERA.

MI SOBRINO

Yo no sé cómo me las arreglo para llenar mis deberes con los suscritores a LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA; pero es lo cierto que, ya por una causa ya por otra, pocas veces trato en mis artículos asuntos preconcebidos, como debería hacerlo un escritor formal, sino que me voy por los cerros de Ubeda, que deben ser los cerros más concurridos del globo, según el gran número de personas que a todas horas les visitan.

Oradores eminentes o charlatanes de baja estofa; grandes estadistas o políticos de tres al perro chico; autores de libros trascendentales que nadie compra o de ideas políticas que a todos se venden; dramaturgos aplaudidos o filósofos silbados; pornógrafos de París o artistas de Coria, todos, aunque no paguen cuentas del sastre, alquileres de la casa o contribuciones al Estado, pagan tributo a los cerros de Ubeda; todos, unos en coche, otros a caballo, otros a pie (y aun algunos a cuatro), hacen su caminata a esos montes legendarios... Y yo no podía eximirme de esta gabela.

Vuelvo piés atrás y entro resueltamente en materia, antes que mis instintos divagadores me lleven a la querencia de la digresión.

Tengo, entre otros alifafes y afecciones con que me ha distinguido la naturaleza, un sobrino segundo.

En opinión de sus padres es un chico de talento; y algo debe de haber de cierto en el asunto, puesto que sus abuelos ya eran del mismo parecer... cuando vivían.

Este sobrino mío, que fué bautizado con el nombre de Silverio en la pila parroquial de Fuentevacuna, donde nació, tiene hoy veinticinco años de edad, un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura, una fisonomía como cualquiera otra, un continente como otro cualquiera y un contenido de que hablaré más adelante.

A estas cualidades físicas se agregan otras morales... hasta cierto punto, cuales son: un desparpajo que casi toca en los linderos de la petulancia; una frescura (*sans façon*) la llama él desde que tartamudea algunas palabras francesas que en ocasiones se parece al descaro, ya que no queramos llamarla desvergüenza; una alta idea de su propio mérito; una involuntaria propensión a deprimir los méritos ajenos; un afán inmoderado de exhibirse y unos pujos de ambición descomulgados.

Silverio es hijo único de un primo mío llamado Rufo, labrador bien acomodado de Fuentevacuna, pueblo que ni ustedes ni Julio Verne conocen seguramente.

Desde su más tierna edad dió ya el chico claros indicios de ingenio y travesura, imponiéndose a los demás chicos de la localidad. Si jugaban al toro, él era el primer espada; si a los soldados, él era el general; si se trataba de poner motes a algún vecino honrado o de burlarse de alguna pobre anciana, a él se le ocurría la frase más insolente o la copla más indecorosa.

Aprendió a leer de corrido y a escribir sin falsilla y sin ortografía en la escuela del pueblo, a cargo de D. Bruno, excelente sujeto que liquidaba con el Municipio el cobro de sus modestos honorarios por esta sencillísima regla de tres: «tarde, mal y nunca.»

Y cuenta que D. Bruno, en su noble afán de tranquilizar, como él decía, la ignorancia de los muchachos fuentevacuneros y desbistarles los cascos con el pujavante de la gramática para que pudiesen correr al trote largo por las carreteras de la sabiduría, manejaba con agilidad las herramientas de su profesión, por más que Silverio dijese, cuando el maestro se le aplicaba, que daba una en el clavo y ciento en la herradura.

No hizo Silverio grandes progresos en la escuela, lo cual traía hondamente preocupado a su padre, que veinte veces a la semana se empeñaba en resolver este problema rural:

«Mi hijo no sirve para la labranza porque tiene el solo más talento que todos nosotros juntos, incluyendo los seis pares de mulas.»

«Mi hijo, a pesar de su indiscutible talento, no ha aprendido en tres años más que a mal leer, a mal escribir y a mal decir una declinación de las que trajo D. Bruno de la ciudad el año del cólera...»

«Mi hijo es más listo que una ardilla, y, sin embargo, en materia de estudios se halla tan a oscuras como un topo... Adócheme usted estos candiles.»

Por fin llegó un día en que mi pariente resolvió el problema ó (como él decía) acertó a dar en las mataduras.

«El chico no podía adelantar con un maestro de primeras letras, esto es, con un D. Bruno, que no tenía obligación de enseñar más que las cuatro ó seis primeras letras del alfabeto...»

Hacer esta recolección de sindéresis, soltar la yunta, coger al chico, llevarlo a la capital de la provincia y enchiqularlo (era su frase) en el colegio mejor montado de la población, fué obra hecha en menos tiempo del que se emplea en arar dos aranzas de tierra de secano.

Para abreviar: Silverio pasó un año en el colegio, donde hizo progresos asombrosos, según escribía el director del establecimiento al padre del alumno.

Al año siguiente fué instalado en una casa de huéspedes de toda confianza y matriculado en el Instituto provincial.

Algunos años más tarde obtuvo el grado de bachiller en segunda instancia; quiero decir, después de haber sido condenado a suspensión en el primer ejercicio. Durante las vacaciones de verano vivía con sus padres, como es natural, en Fuentevacuna, donde era considerado como un oráculo por la familia, en tales términos que no se daba un paso ni se resolvía un asunto sin contar con el señorito.

A petición suya se renovó el mobiliario de la casa, reemplazando las tradicionales sillas de Vitoria por otras de tapicería, las camas de nogal por otras de acero, la loza de Talavera por vajilla francesa, y a este tenor todos los efectos y enseres de la vivienda; para lo cual hubo que hacer frecuentes viajes a la ciudad con grave perjuicio de las labores agrícolas, y hubo además que desestancar las peluconas enterradas, de muchos años atrás, debajo del segundo pesebre del establo.

Silverio quiso seguir la carrera de Jurisprudencia, como la más acomodada a sus aspiraciones, y vino a Madrid acompañado de su padre. Hospedáronse en mi casa, y aun cuando propuse a mi pariente de muy buena voluntad que el chico se quedase a mi lado, para vigilarle, dirigirle en sus estudios y evitarle los peligros que rodean en la corte a un joven sin experiencia de la vida, no consintió en ello su padre bajo diferentes pretextos, que comprendí le habían sido sugeridos por el hijo.

Ofreciéronme, sí, uno y otro que vendría Silverio a verme con frecuencia, que recibiría y seguiría mis consejos, me consultaría todos sus actos y, en una palabra, se atemperaría a mis indicaciones como un hijo sumiso y obediente.

Así lo hizo en los primeros meses; pero poco a poco fué economizando sus visitas a mi casa, en la misma proporción que derrochaba el tiempo en diversiones y consumía las peluconas de su padre.

Este *bonus vir de campis* (como solía llamarle Silverio) hacía poco caso de las cartas en que yo le llamaba la atención sobre la conducta irregular de su hijo, persuadido de que mi modo de ver las cosas era resultado de un rigorismo exagerado, si no ya chocheos de un viejo enfermizo y atrabiliario.

Silverio no era precisamente un joven depravado, ni un vicioso libertino, ni carecía de cierto talento natural y viveza de imaginación. Era un mal estudiante, no porque le faltase capacidad para el estudio, sino porque gustaba más de leer novelas de Balzac, Paul de Koc, Soulié y Montepin, que de revolver el indigesto farrago del *Digesto*, los poco conmovedores episodios de las *Pandectas* y los anti-poéticos aforismos de la *Instituta*.

No asistía a ninguna clase, pero en cambio no perdía espectáculo de ningún género. Acudía a las sesiones del Congreso; frecuentaba las reuniones, donde se había hecho presentar por los amigos que no tardó en adquirir en la Corte; se hizo socio de la Academia de Jurisprudencia, en cuyo gabinete de lectura pasaba largas horas leyendo periódicos y revistas ilustradas; aprendió baile, esgrima y equitación; en una palabra, se hizo un joven *aprovechado*.

Eso pasaba al tercer año de su estancia en Madrid y segundo de la carrera, porque me había olvidado decir que perdió el primer curso por animo-

sidad de uno de los catedráticos, reaccionario hasta la médula de los huesos y que no podía sufrir que Silverio se hubiera distinguido como demócrata avanzado en cierta manifestación escolar.

Así me explicó por lo menos el hecho cuando vino a verme después del fracaso.

También perdió el año de Derecho canónico, y también por otra injusticia; pero se vengó del profesor y del tribunal de examen publicando en un periodiquillo literario semanal, redactado por genios todavía en flor, una letrilla tan saturada de sales que realmente parecía digna de un *Saladero*. La composición hizo fortuna entre los estudiantes de la calaña de Silverio, y sirvió a éste de estímulo para entrarse de rondón por las dehesas de la literatura, donde se proporcionó abundante y sabroso pasto intelectual.

Entretanto los padres de Silverio, agotado el manantial de las peluconas, pero con un soberbio capital de esperanzas y de ilusiones colocado a intereses compuesto por su hijo en la caja de la «Credulidad Paterna», habían ido hipotecando primero, y mal vendiendo después, sus más pingües propiedades rústicas, a fin de sostener a Silverio en la Corte con el decoro correspondiente a su posición urbana y al rango que ocupaba en la buena sociedad madrileña.

Por su parte Silverio correspondía a tantos sacrificios con algunas economías, si bien tenía la modestia de no cacarearlas, como suelen hacer los ministros de Hacienda al confeccionar el presupuesto de gastos.

Economizaba todo cuanto podía (y podía mucho) en el tiempo consagrado a los estudios y en la asistencia a clase.

Economizaba en los libros de texto, que no compraba, considerándolos como artículos de lujo y bisutería científica.

Economizaba en sellos de franqueo, valiéndose del ingenioso recurso de no escribir a sus padres más que una ó dos veces al año, exceptuando los casos de fuerza mayor, esto es, cuando necesitaba dinero.

Economizaba almuerzos y comidas en la casa de huéspedes, almorzando y comiendo en Fornos, en la Perla y en el café Inglés.

Por último, cuando ya no le quedaba nada que hacer en cuanto a economías *objetivas*, discurrió y llevó a la práctica una economía *subjetiva*. Suprimió la tercera parte de su nombre de pila; eliminó asimismo el apellido paterno, que hallaba poco estético, y adoptó el apellido de su madre, sin más alteración que un pequeño despilfarro de letras puestas antes y después; de manera que en vez de firmar *Silverio Terrones Val*, con arreglo al prosaico formulario genealógico, firmaba... Pero esto merecía párrafo aparte.

Esta mañana, antes de las diez, recibí por mano de mi criado Roque una tarjeta de excelente cartulina de Bristol y de grandes dimensiones, en la cual se destacaba la siguiente inscripción:

SILVIO DE VALFLORIDO

La leí varias veces, puse a contribución lo poco que me resta de memoria, no saqué nada en limpio de esta colecta, miré a Roque, volví a mirar la tarjeta, y por último dije al mensajero:

—No conozco a este sujeto.
—¡Pues no le ha de conocer el señor! — me contestó Roque.

—Por lo menos no lo recuerdo... Ea, acabemos de una vez... ¿Quién es?

—El señorito Silverio en persona.
—¿Mi sobrino? — exclamé asombrado.
—El mismo que viste y calza.
—No entiendo esta mistificación... tentado estoy por no recibirle.

—Dice que necesita ver a todo trance al señor para un asunto importante.

—Está bien, que pase.

Un momento después se presentaba ante mí, elegantemente vestido de mañana y con una desenvoltura propia de la gente de gran tono, mi sobrino Silverio Terrones, a quien ya ustedes conocen.

El objeto de su inesperada visita... Pero esto merece, no sólo párrafo, sino capítulo aparte. Lo sabrán ustedes (si Dios nos da vida) en el número próximo.

BLAS.

LOS GRABADOS

ECCE HOMO

Todos los pasajes del Evangelio han servido de inspiración al arte cristiano, hasta el punto de que si se formase la estadística exacta de los cuadros que hoy existen en todos los Museos de Europa, más de la mitad se refieren a los hechos evangélicos, y particularmente a la vida de Cristo Señor Nuestro. No es de los que menos han merecido el interés de los pintores el *Ecce Homo*, en el cual se contempla a

Nuestro Divino Redentor vestido con el manto de grana, la corona de espinas y el cetro de caña, hecho escarnio del pueblo deicida, con lo cual nos enseñó á ser mansos y humildes, hasta arrostrar las burlas y rechiflas del mundo, enemigo de los que temen á Dios y practican la virtud.

La explicación de este grabado está en el corazón de todos los cristianos, congregados estos días bajo la Cruz de Nuestro Santísimo Redentor, que muriendo nos dió á nosotros la vida, y con sus dolores nos enseñó el camino del sacrificio y de la abnegación.

M. RDO. P. ANTONIO MARÍA ANDERLEDY,
Vicario general de la Compañía de Jesús.

El 24 de Setiembre fué nombrado este ilustre Jesuita Vicario, con derecho de futura sucesión del P. Beckx. Nació en el cantón de Vales (Suiza) el año de 1820. Hizo sus estudios, con gran aprovechamiento, en Friburgo, donde residió muchos años. En la actualidad era asistente de Alemania, y se había distinguido por la solidez de su juicio, vastos conocimientos, y piedad y vida intachables. Hé aquí algunas noticias respecto á la elección.

El día de la Ascensión cada provincia eligió dos delegados que debían ir á formar la congregación general. En esta reunión sólo tomaron parte los profesos.

Reunióse la Congregación general en Roma en el Colegio Germanico, única de las antiguas casas de la Compañía de que no han sido desposeídos en la Ciudad Eterna. El muy Rdo. P. Beckx la ha presidido, teniendo voto doble en todos los escrutinios, conforme á los Estatutos de la Orden. El número de electores era de setenta.

Para prepararse los electores tienen un retiro de tres días. Durante ese *Triduum* se dedican á la oración y á la meditación, que no interrumpen más que para examinar los antecedentes de todos los PP. profesos de la Compañía, á fin de ver cuál de entre todos es el más digno del generalato por su aptitud y sus virtudes.

Llegado el día de la elección, todos los que han de tomar parte en ella asisten por la mañana á la Misa del Espíritu Santo y comulgan en ella. En seguida diríjense procesionalmente, cantando el *Veni Creator*, á la sala preparada para este acto. En cuanto entran ciérranse las puertas, que son guardadas con gran rigor por PP. destinados para este objeto y escogidos entre los Jesuitas presentes en Roma, los cuales tienen el deber de impedir toda comunicación de los votantes con el exterior de la sala. Los electores permanecen así encerrados hasta que eligen General. En un gabinete contiguo tienen pan y agua para comer si la elección dura todo el día ó más.

Sentados cada cual en su sitio, uno de ellos, que ha sido designado á prevención, y que esta vez ha sido el muy Rdo. P. Beckx por elección de la Congregación, pronuncia un discurso sobre las cualidades que debe tener, según San Ignacio, el que ha de ser llamado á gobernar la Compañía. Una hora de meditación sigue á la plática. Después el presidente de la asamblea da á todos los circunstantes la absolución general de todas las censuras canónicas en que hayan podido incurrir, y uno tras otro van á prestar sobre los santos Evangelios el juramento, que además han escrito de su puño y letra, de elegir al más digno.

A medida que cada uno va prestando su juramento se acerca al secretario y entrega la papeleta de su voto; y cuando todos han votado, el secretario hace el escrutinio en alta voz, á presencia de los asistentes, y el presidente el proclama en estos términos:

“Yo, en mi nombre y en el de todos, elijo al Rdo. P. N... por General de la Compañía.” Entonces todos los concurrentes se adelantan hacia él para prestarle obediencia: arrodillanse á sus pies uno en pos de otro y bésanle la mano en señal de respeto. El canto del *Te Deum* termina el acto de la elección, cuyo resultado se somete á la aprobación del Soberano Pontífice. Esta elección es vitalicia.

RECUERDOS DE ANDALUCÍA

10. — Torreón árabe en el puente de Córdoba.
- 11 y 12. — Molinos árabes en Córdoba.
13. — Contrabandista: tipo sevillano.
14. — Tipos de gitanos.

Continuamos los apuntes de Mestres acerca de Andalucía. No hay para qué detenerse aquí á trazar la historia de los monumentos apuntados, pues el dibujo tiene más bien un carácter pintoresco que arqueológico, y en cuanto á los tipos representados, son tan populares que no hay nadie que de ellos, de su vida y costumbres no tenga noticia.

BENDICIÓN PAPAL EL DÍA DE PÁSCUA DE RESURRECCIÓN

¡Cuánto ha desmerecido Roma, aun á los ojos de los simples turistas, con la usurpación de los piemonteses! La Semana Santa era en los pasados tiempos una serie de solemnidades suntuosísimas, que atraían á la Ciudad Eterna millares de peregrinos y curiosos. Hoy todo ha concluido, y el Papa celebra los divinos Oficios en su capilla reservada, sin la pompa y esplendor de los días de su libertad y reinado.

Entre aquellas grandes ceremonias, y como muestra de todas, merece citarse la bendición de Pascua. Terminada la misa, ochenta ó cien mil espectadores ocupaban la magnífica é inmensa plaza del Vaticano, donde se oía un rumor continuo como el de las olas del mar embravecido. A una señal desaparecía todo este inmenso ruido y quedaba todo en un silencio tan profundo como el de la media noche en medio de un desierto. Aparecía entonces el Papa en el balcón de la basílica, donde le habían conducido en la silla gestatoria en hombros de ocho Prelados. Al pronunciar las palabras *Urbi et Orbi* en medio de una larga oración dividida en cuatro períodos, el Santo Pontífice se levantaba y hacía tres cruces sobre el pueblo, luego alzaba los brazos

al cielo, se volvía á los cuatro puntos cardinales y plegando sus manos sobre el pecho se sentaba.

A la hora en que el cañón de Santo Angelo anunciaba la bendición papal, todos los habitantes de la Campaña romana se prosternaban en tierra para recibirla, recogiendo así, como al paso, el espíritu de Dios, que á la invocación de su Vicario bajaba á la tierra y se difundía por todo el orbe.

Estas solemnidades sin ejemplo, que engrandecían y sublimaban á Roma, llamada con justo motivo la Ciudad Eterna, ha concluido desde los días infaustos de la invasión revolucionaria, para ser reemplazadas con las mojigangas cívicas de los impíos y con los motines de los socialistas, preludios de la gran revolución que se prepara para castigo y expiación de los malvados enemigos de Cristo.

MONS. FÉLIX ANTONIO FILIBERTO DUPANLOUP

Por más que sus opiniones políticas hayan oscurecido la gloria de su nombre, es lo cierto que Dupanloup merece figurar entre los escritores católicos más eminentes de este siglo. Sus numerosas obras vivirán en la literatura cristiana como trabajos de alta valía, en los cuales, á vueltas de algunos lunares — y no en todos — se hallan hermosas páginas de elocuencia y saludable doctrina. Nació Dupanloup en San Félix (Saboya) el 3 de Enero de 1802 y murió el 11 de Octubre de 1878. El fué quien en 1834 inauguró las célebres Conferencias cuaresmales de Nuestra Señora, donde debían resonar luego los poderosos acentos del P. Ráulica, Ravignán, Félix y Montabré.

Fué treinta años Obispo de Orleans, y en este tiempo publicó muchas obras sobre educación y acometió grandes campañas sobre la libertad de enseñanza, única garantía de la enseñanza católica en Francia.

Individuo de la Academia francesa, luchó para alejar de ella á los ateos, y cuando fué vencido con la entrada de Littré renunció á su puesto, que no volvió á ocupar jamás. Tuvo defectos de carácter, sostuvo opiniones liberales; pero dobló siempre la cabeza ante la autoridad de la Iglesia, en cuyo seno se mantuvo invariable y murió fervorosamente. Alcanzó malos tiempos: si hubiera nacido más tarde, es de creer que no hubiera caído en ilusiones y que se hubiera aleccionado en los grandes desengaños.

ÚLTIMAS HORAS DE LA VIDA DE JESUCRISTO

NUESTRO Señor Jesucristo fué verdadero Dios y hombre verdadero. En una sola persona se reunieron la naturaleza divina y la humana, juntándose y coexistiendo todas las facultades, excelencias y atributos propios de cada una de estas dos naturalezas. Como Dios, su poder era infinito; su entendimiento abrazaba toda la universalidad de cosas que pueden ser conocidas, y principalmente su propia, divina é ilimitada esencia; y su voluntad, gozándose en este conocimiento perfectísimo, era completamente feliz y bienaventurada. En cuanto hombre, estaba sometido, exceptuando el pecado, á todas las flaquezas y debilidades á que vive sujeta nuestra pobre y miserable naturaleza.

Mas como esta unión de Dios y del hombre era tan estrecha que el que existía por sí desde toda la eternidad era el mismo que rodeado de cuerpo mortal obraba, y procedía, y se afanaba ni más ni menos que cualquiera de los hombres, la naturaleza humana en Cristo, por razón de este vínculo apretadísimo, fué levantada á alteza incomparable, y á la excelencia y dignidad mayor de cuantas Dios puede dar. Y conforme á esta dignidad, recibió todas las gracias y riquezas y prerrogativas imaginables sin tasa ni medida, que si fuera posible agotarse alguna vez el piélagos de las grandezas de Dios, aquí sin duda alguna se agotara.

Desde el primer instante de su unión con la persona del Verbo, el alma santísima de Cristo Nuestro Señor vió la divina esencia intuitiva y clarísimamente, y en ella todos sus infinitos atributos y perfecciones, y también todas las grandezas, todas las gracias y excelencias que la Bondad Divina le había comunicado, resultando de esta inefable visión un amor tan encendido al dador de tantos bienes, y una complacencia y descanso tan grande en la contemplación de Dios, y un gozo tan perfecto, que se difundía por todas las potencias y sentidos de la Sagrada Humanidad hasta hacerla de todo en todo bienaventurada. Y cual era este amor, tal era el deseo de agradar y servir y cumplir la voluntad de quien así la había engrandecido.

Pues como entendiérase el alma benditísima de Cristo que la voluntad de Dios era que fuese el Redentor, Santificador y Salvador del género humano, perdido por la culpa de Adán, y que para esto había de amar tanto á los hombres que á fin de alcanzarles el perdón de los pecados y reconciliarlos con Dios debía sacrificarse por ellos, arrojando todo linaje de trabajos, y, finalmente, la muerte más ignominiosa y cruel, inflamada en celo de la gloria de Dios, con prontísima voluntad, y con gozo y alegría de su corazón, ofrecióse á todos estos trabajos y dolores, por penosos que fuesen á la débil naturaleza humana, en razón de salvar á los hombres y enseñarles el camino del cielo con sus palabras y ejemplos, y ayudarles para esto con las

fuerzas sobrenaturales de la gracia que con sus méritos les había de alcanzar.

Y venido el tiempo en que, según los decretos divinos, había de dar cima á esta empresa, después de celebrar con sus discípulos la cena de la Pascua, en la cual, abriéndoles su corazón y descubriéndoles el tesoro de caridad y encendido afecto que les tenía, les dijo tantas palabras y enternecimientos de amor que á los que ahora los vemos escritos solamente el leerlos nos enternece, salió en su compañía al huerto de Getsemaní.

La noche había cerrado ya; el ruido de la ciudad de Jerusalén apagábase por momentos, según iban alejándose de sus murallas; la soledad de aquel valle oscuro y sombrío hacíase cada vez más profunda, y el pavoroso silencio que en él reinaba era turbado solamente por el sonido de las pisadas y por el murmullo de las aguas que blandamente corrían por el torrente de Cedrón. Y habiendo llegado á la parte más espesa del huerto, escogió Cristo Nuestro Señor á tres de sus discípulos para su compañía y consuelo, y con ellos se apartó, y comenzó, dice el sagrado Evangelio, á temer y entristecerse; palabras solemnes, llenas de altísimos misterios, por donde principia la historia de la Pasión, y que admirablemente la resumen.

Era llegada la hora en que el poder de las tinieblas había de prevalecer por un momento; y Aquel que hasta entonces, gozando de la visión clara é intuitiva de la Divinidad, recibía de lleno el rayo de la esencia divina, que, iluminando el entendimiento, conhortaba la voluntad, y derramaba el gozo y la alegría por todos sus sentidos, hizo que, no obstante esta avenida de gozo en que se bañaba su alma, se abriese milagrosamente entrada en su corazón al temor y á una tristeza tan grande que, como declaró á sus mismos discípulos, ella sola bastara á causarle la muerte.

Estando, pues, Nuestro Divino Salvador afligido con esta pena y congoja, se apartó de sus tres queridos discípulos para más libremente derramar su angustiado corazón en el acatamiento divino, y postrándose con profundísima humildad dió principio á su oración al Eterno Padre. En esta fervorosa oración hubo de perseverar largo tiempo, sosteniendo en el interior de su alma porfiadísimo combate entre la voluntad divina, que por salvar al género humano había decretado que el Hijo de Dios, resplandor de la santidad infinita, padeciese por nuestros pecados las mayores ignominias y dolores, y la flaca voluntad humana, que rehusaba presentarse en el divino acatamiento como cargado de los pecados feísimos é innumerables de los hombres, y padecer por ellos ni más ni menos que si fuesen propios. Y fué tan grande el esfuerzo que hizo en lucha tan terrible y angustiosa que al fin rompió en un sudor copiosísimo de sangre, viniendo un ángel del cielo á esforzar su humana debilidad.

Así fortalecido nuestro Soberano Redentor, y resuelto á arrostrar los trabajos que estaban á punto de descargar sobre él, levantóse del suelo con grande sosiego y gravedad y fuese para los discípulos, á quienes en vano había querido despertar del pesado sueño que los oprimía, y reprendiéndolos amorosamente, les dijo: «Dormid y descansad; llegada es ya la hora en que el Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de pecadores; levantaos y vamos: ved allí al hombre que me ha de entregar.»

Aún estaba diciendo estas palabras, y la gente enviada por los ancianos y príncipes del pueblo á fin de prenderle penetraban en la espesura del bosque, llevando por guía y adalid al discípulo traidor, que por el precio de treinta dineros les había ofrecido ponérselo en sus manos. Salíóles Jesús al encuentro, y Judas por su parte, con la desvergüenza y la impiedad pintadas en el semblante, torva la mirada, é inquieto y provocativo el ademán, adelantóse á todos y se acercó al Divino Maestro á besarle en el rostro (que ésta era la señal con que había de darle á conocer á la turba que consigo llevaba), y llegándose á Jesús, le dijo: «Dios te salve, Maestro», y dióle paz en el rostro besándole. No rehusó el mansísimo Salvador aquella falsa muestra de amistad; antes queriendo atraer á sí el obstinado corazón del discípulo, cuya perfidia y doblez conocía perfectamente, fijando en él su dulcísima mirada, le dijo: «Judas, amigo mío, ¿á qué has venido? ¿Con beso de paz y de amistad entregas á tu amigo y maestro?» No se ablandó con estas palabras llenas de ternura divina el endurecido corazón de Judas. Y como la gente que con él venía se estuviese quieta, volvióse á ellos el Señor, diciéndoles: «¿A quién buscáis?—A Jesús de Nazaret», respondieron; y replicándoles el Señor con autoridad: «Yo soy», espantados y como heridos de un

rayo dieron consigo en tierra. Vuelto en sí, repitióles Jesús la pregunta; y respondiendo ellos lo mismo, les dijo: «Ya os he dicho que yo soy; si me buscáis, aquí me tenéis; de mi voluntad me entrego á vosotros, porque ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas; mas os encargo que á ninguno de estos mis discípulos molestéis, sino dejadlos ir libremente.» Con estas palabras, concedida licencia, no solamente á la turba de enemigos que le rodeaba, sino principalmente á las potestades del infierno, cuyos instrumentos eran, arremeten aquellos hombres feroces con la persona divina del Salvador, y descargando en él su furia, le llenan de toda suerte de afrentas; y atándole las manos con fuertes cordeles le conducen á Jerusalén, gozosos de tener al fin en su poder presa tan codiciada.

Desamparado de todo humano auxilio, pues sus discípulos y amigos, apenas vieron el peligro que en aquel trance corrían, dieron á huir despavoridos y azorados, entró el Señor en la ciudad, atravesando apresuradamente las calles escoltado de sus enemigos, que en son de triunfo pregonaban con algarazas infernal el feliz suceso de la empresa. Al ruido que andaba por las calles saldría curiosa la gente á conocer la causa de tan grande alboroto, y cuando á la luz de las antorchas viesan que el preso y maniatado era aquel mismo Jesús, tan seguido y admirado de todos por sus prodigios, virtudes y doctrina, y á quien habían visto pocos días antes entrar en Jerusalén entre los aplausos y aclamaciones de la muchedumbre, ¡cuál sería su asombro y admiración! ¡qué variedad de juicios y pareceres se formarían, y qué rubor y vergüenza encendería el divino semblante del Salvador, al verse en aquel extremo de abatimiento é ignominia!

De paso para la casa del Sumo Pontífice, fué llevado á presencia de Anás, el cual, satisfecha su curiosidad, le envió atado, como estaba, á Caifás, Pontífice de la Sinagoga y juez supremo en lo eclesiástico del pueblo judío, y como tal presidente del antiguo tribunal llamado Sanhedrín, compuesto de setenta y dos jueces, sacerdotes, ancianos del pueblo, y escribas ó doctores de la ley; los cuales, sin tener cuenta con su edad, ni con la gravedad y mesura que á su oficio convenía, á pesar de la hora intempestiva de la noche estaban todavía velando y aguardando la persona del Salvador, para ver su causa y pronunciar la sentencia que contra él tenían convenida.

Entró Jesús en la sala del concilio, y el presidente empezó á examinarle jurídicamente, y primero acerca de sus discípulos, doctrina y predicación. Había sido ésta tan pública, tan notoria á todos y de eficacia tan maravillosa, que no necesitaba de explicación ó defensa. Y así respondió Jesús: «Pública y abiertamente he predicado, y de ordinario en el templo donde suelen concurrir todos los judíos, y nada he enseñado en secreto; puedes, por tanto, preguntar á los que me han oído, que ellos saben lo que yo he dicho.» Esta respuesta llena de verdad, mansedumbre y entereza, hubo de parecer irrespetuosa á uno de los esbirros ó ministros del Pontífice, hombre vil y abatido, de aquellos que por hacer lisonja y ganarse la gracia de su señor no reparan en cometer las más abiertas injusticias; el cual, dirigiéndose indignado á Jesús, le dijo: «¿Así respondes al Pontífice?» Y diciendo y haciendo, levantó el brazo sacrílego y descargó cruelísima bofetada en el rostro divino de Jesús. No se turbó el Señor con tan grave injuria, recibida delante de los sacerdotes y letrados, y de la gente más granada de la nación; antes con mucha templanza y mesura, volviéndose al que le había herido: «Si hablé mal, le dijo, muéstrame en qué; y si bien, ¿por qué me hieres?»

Deseaban los jueces malévolos y apasionados dar algún color á la sentencia de muerte que, movidos de envidia y ambición, tenían dispuesto pronunciar contra el Salvador. Y así buscaban con vivo afán algún testimonio que sirviese para encubrir su pasión y con apariencia de juicio alucinar el de la muchedumbre del pueblo, de suyo vago y tornadizo, y de quien recelaban se mostraría favorable á Jesús por el crédito que le habían granjeado sus milagros, la santidad de su vida y sublimes enseñanzas. Mas los testimonios que se aducían no convenían entre sí, ni aun probados bastaban á concluir la sentencia de muerte que los jueces pretendían. Por último, se levantaron dos testigos diciendo haber afirmado Jesús que podía destruir, y con efecto destruiría, el templo construído de mano de hombres, y que después de tres días lo volvería á edificar. No eran éstas las palabras dichas por el Salvador, ni al decir las se refería al templo material y de piedra que se veneraba en Jerusalén, sino al templo de su cuerpo, del cual en profecía de su resurrección había afirmado que, destruyéndolo ellos con la muerte, volvería á ponerlo en pie por su propia divina virtud.

Como á todas estas calumnias y falsedades no respondiese cosa alguna el Señor, extrañándolo mucho el Sumo Sacerdote le dijo: «¿Por qué callas? ¿Por qué no respondes algo á tantas acusaciones y testimonios como dicen contra tí?» Callaba Jesús con grande humildad y mansedumbre, tanto que, cansado el presidente, le dijo con resolución y entereza: «Yo te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito.» La Divinidad de la persona del Salvador se había manifestado tan claramente en la santidad de su vida, en sus predicaciones y en los milagros tan ilustres que había obrado, que así como era ociosa la pregunta, podía excusarse la respuesta; mas á pesar de esto, y de que con decir la verdad sabía que había de dar ocasión á los jueces para condenarle, en oyendo el nombre de Dios por el cual se le conjuraba respondió modestamente al Pontífice: «Tú lo dices que yo soy; y dígoos de verdad que de aquí á poco habéis de ver al Hijo del hombre, que está aquí humillado delante de vosotros, sentado á la diestra de la virtud de Dios y bajar sobre las nubes del cielo á juzgar á los hombres.» Indignóse el Sumo Sacerdote al oír estas palabras, y embravecido en su corazón rasgó sus vestiduras (lo cual era entre los judíos señal del horror con que oían cualquier blasfemia contra el nombre de Dios), y dijo á los jueces: «Ha blasfemado. ¿A qué nos cansamos en buscar testigos? ¿No habéis oído la blasfemia? ¿Reo es de muerte. ¿Qué os parece?» Y los apasionados sacerdotes, asintiendo á las palabras del presidente, condenaron en aquel momento al Señor á muerte ignominiosa; y levantándose de sus sillas le llenaron de injurias y denuestos, y le entregaron á los guardias para que lo custodiasen lo que faltaba de la noche.

Los cuales, resueltos á burlarse de él, hubieron de llevarle á parte donde pudiesen desahogar su mal reprimida ira y enojo; y aquí las injurias, las burlas y oprobios que sufrió el Señor, ¿quién podrá contarlos? ¿quién imaginar el tropel de escarnios y juegos pesados que le harían? Mofábanle desvergonzadamente con apodos, con visajes y risotadas; escupíanle, llenando con asquerosas salivas aquel rostro en quien no se hartan de mirar los ángeles; heríanle con golpes y puñadas, y, velándole los ojos, le daban de bofetadas, mesabánle el cabello, y cometían con él todos los descomedimientos y afrentas que se podían esperar de gente tan ruin y desalmada. Así se pasó aquella noche, cansándose los viles sayones de afrentar al Señor con toda suerte de ultrajes y villanías, y no se cansando él de sufrirlos por nuestro amor y por cumplir la voluntad divina, que así lo tenía decretado.

Amaneció por fin el día siguiente, viernes, día tristísimo, en el cual había de cometerse el pecado más horrendo que se ha cometido en los siglos, y día por otra parte felicísimo, porque en él se habían de abrir para no cerrarse jamás las puertas de la bondad y misericordia infinita á los desventurados hijos de los hombres. Y siendo muy de mañana volvieron á juntarse los letrados y sacerdotes para llevar á cabo la causa del Salvador. Fué éste presentado de nuevo al tribunal; y preguntado otra vez por el presidente si en verdad era el Hijo de Dios, se afirmó en lo que poco antes había dicho; y armados con esta acusación se levantan los jueces, y seguidos de gran golpe de gente, movidos unos por la curiosidad y otros por la pasión y el furor, llevan á Jesús atado infamemente al pretorio de Pilato, gobernador de la Judea en nombre de los romanos, para que ponga en ejecución la sentencia de muerte que han pronunciado.

Pilato, después de mucho dar y tomar con los príncipes de los sacerdotes sobre la culpabilidad del reo y su jurisdicción ó autoridad para castigarle, tomó á solas á Jesús y le examinó despacio sobre los cargos que sus enemigos le hacían, los cuales eran tres: el primero, que alborotaba al pueblo con mala doctrina; el segundo, que prohibía pagar los tributos al César; y el tercero, que decía de sí ser Cristo-Rey, esto es, que era el Mesías prometido por Rey de los judíos. Hallándole inocente de estas acusaciones, salió á fuera á decirse públicamente á los sacerdotes; los cuales, en oyendo las palabras del gobernador romano, comenzaron á agitarse y clamorear, repitiendo tumultuosamente las acusaciones contra Jesús, y pidiendo su muerte por blasfemo, público malhechor, enemigo del Imperio, y por traer revuelto al pueblo con sus predicaciones y doctrinas. Nada decía Jesús á tales acusaciones, á pesar de provocarlas Pilato á que respondiese y volviere por su honra; y de este silencio se admiró en gran manera el gobernador, sin saber qué resolución tomar, ni cómo desembarazarse de aquel negocio. Al fin, como oyese que Jesús era galileo y de jurisdicción de Herodes, tetrarca de Peréa y Galilea, se lo envió, pues aquellos días se hallaba

en Jerusalén con ocasión de la solemnidad de la Pascua.

Holgóse mucho Herodes de ver á Jesús, porque había gran tiempo que deseaba conocerle, y esperaba que haría en su presencia algún milagro. Para esto dirígale muchas preguntas; y como Jesús no respondiese á ninguna, á pesar de las acusaciones que repetían los sacerdotes con gran fuerza y porfía, lo despreció como á loco y menguado, y vistiéndole una vestidura blanca por irrisión, le envió á Pilato.

Tenía costumbre el gobernador romano el día solemne de la Pascua, ya fuese en memoria de la libertad milagrosa de Egipto, ya (lo que parece más probable) para contentar al pueblo y hacerlo más llevadero el yugo de la dominación romana con aquella sombra de libertad, darla á un preso, el que el pueblo pidiese. Y estaba á la sazón en la cárcel un malhechor famoso, por nombre Barrabás, hombre inquieto, ladrón y sedicioso, y que en cierto ruido habido recientemente en la ciudad, había muerto á un hombre. Saliendo, pues, afuera Pilato, dijo al pueblo: «¿A quién quierdes que os suelte de los dos, á Jesús ó á Barrabás?» Andaba el pueblo en balanzas dudando á quién escoger; y como lo echasen de ver los sacerdotes, temiendo escogiese á Jesús, le iban azuzando y persuadiendo á que pidiese la libertad de Barrabás y que Jesús fuese crucificado, como lo hizo, en efecto, con grandes alaridos y tumulto. Así iba creciendo el furor de los enemigos de Cristo, y fuese para ver de calmarlos, fuese como preparativo y principio de la sentencia de muerte ya premeditada, dió Pilato contra Jesús la de que fuese azotado, entregándole á los soldados para que la ejecutasen.

Hiciéronlo ellos despiadada y cruelísimamente, después de lo cual convocaron toda la cohorte, que se componía de unos ciento veinticinco soldados, y desnudado que hubieron á Jesús le cubrieron las espaldas con un andrajo de púrpura, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, y una caña en la mano derecha; é hincadas las rodillas burlaban de él como de reyezuelo y Dios fingido, escupiéndole é hiriéndole con la caña en la cabeza.

Tal como estaba, coronada de espinas la frente, los ojos llorosos y llenos de sangre, afeada la cara con salivas, y todo el cuerpo ceñido de llagas y cardenales, le sacó Pilato afuera delante del pueblo, para ver si espectáculo tan lastimero los movería á compasión, diciendo: «Mirad al hombre.» Enfurecíanse más y más aquellos lobos sangrientos á vista del mansísimo ó inocente cordero, atronando el viento con los gritos de «crucifícale, crucifícale.» Enfadado Pilato de tanta protervia y pertinacia, les dijo: «Tomadle vosotros y crucifícadle, porque yo no hallo en él causa bastante para esto.» Y ellos respondieron: «Nosotros tenemos ley, y según ella debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.» Estas últimas palabras, la modestia y mansedumbre de Jesús, su maravillosa entereza en medio de tanto tropel de acusaciones é ignominias, la fama de sus maravillas y milagros, de los cuales sin duda alguna había oído hablar, y el resplandor de divina santidad que despedía toda su persona, hubieron de herir vivamente el ánimo del gobernador romano, que tal vez sospechó si el reo que tenía presente sería alguno de los infinitos descendientes é hijos de los dioses que fantaseaba la vana superstición pagana; y así pensativo además, y llena la cabeza de ridículas teogonías, y héroes é hijos del cielo, entró en el pretorio y preguntó á Jesús: «¿De dónde eres tú?» No respondiéndole palabra alguna, le dijo Pilato: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para salvarte?» Y entonces, desplegando el Señor sus labios divinos, le respondió: «No tuvieras poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de lo alto.» Al oír tan admirable respuesta, tan llena de grandeza y soberana majestad, encendíase más y más en Pilato el deseo de librar al Salvador de la furia de sus enemigos, y así andaba buscando trazas y caminos para ello. Además de su inocencia manifiesta y el estar persuadido de que no por celo de la Religión y del bien público, como pretendían los sacerdotes y príncipes del pueblo, sino porque les reprendía su hipocresía y ambición se lo habían presentado para que le condenase, movíale á esto un recado que, estando sentado en el tribunal, recibió de su mujer, en que le pedía encarecidamente que no se comprometiese ni arrojase á condenar á aquel santo hombre, pues la noche antes había tenido no sé qué sueños ó visiones que la traían sobremanera confusa y atemorizada.

Conociendo los judíos el empeño de Pilato de salvar á Jesús, en último recurso le dijeron entre gritos y amenazas que si no le condenaba luego inmediatamente, daba señales evidentes de no ser *amigo del César*, apellido de que estaban muy celosos los primeros dignatarios del Imperio. En vano

declaraba Pilato la inocencia de Jesús; en vano hacía ver al pueblo la injusticia y crueldad de condenar á un inocente; no por esto cesaba el tumulto, antes crecía por momentos, asordando el aire con horribles y espantosos clamores. Duró algún tiempo lucha tan terrible y porfiada, hasta que, arreciando más y más la tormenta, triunfaron la injusticia, la violencia y la crueldad, y fué sacrificada la inocencia; pues aunque la de Jesús era tan manifiesta, confesada por el mismo infame y alevoso discípulo que le había puesto en manos de sus enemigos, reconocida hasta cinco veces públicamente por el mismo Pilato, éste, hombre flaco, contemporizador y político, más atento á la conveniencia y razón de Estado que á los fueros de la justicia, no queriendo malquistarse con los príncipes del pueblo, ni enredarse en un negocio de donde podría resultarle algún disgusto ó trabacuenta con los príncipes de la nación, harto irritados ya contra él por los abusos y demasías cometidas en su gobierno, vino en lo que pedían y sacrificó la inocencia de Jesús al frenesí de aquella turba vil y apasionada. Al hacerlo así quiso lavarse las manos, protestando que era inocente de la sangre que iba á derramarse. Inútil protestar; aquella sangre inocente, al verterse en el Calvario, iba á caer gota á gota sobre el juez cobarde y malvado por cuya orden se ejecutaba la sentencia ni más ni menos que sobre los sacerdotes, sobre los príncipes del pueblo, y sobre el mismo pueblo que con su violencia se la habían arrancado.

Cundió instantáneamente por la ciudad la voz de la sentencia pronunciada contra Jesús, entristeciendo á unos y alegrando á otros, según eran amigos ó enemigos, y provocando en todos la ansiedad, vocería y confusión la curiosidad de los que iban y venían, y el

1 Vide Josephi *Antiquit.*, p. 18, c. 3, y *De bello jud.*, l. 2, c. 9.



MUY Rdo. P. ANTONIO MARÍA ANDERLEDY,
Vicario general de la Compañía de Jesús.

alboroto, algazara y clamoreo de los que se disponían á poner en ejecución la bárbara sentencia.

A las puertas del pretorio estaba la cruz, larga y pesada, cual era costumbre usarse para insignes malhechores, y cargada sobre los hombros del Salvador empezó á desfilar el fúnebre cortejo por

las calles de Jerusalén. Delante iba muchedumbre del pueblo; después los sacerdotes, los ancianos y letrados, los escribas y fariseos; luego los soldados y gente de guerra; y rodeado de los verdugos y ministros de la justicia venía á la postre el Salvador, el paso lento, el huelgo acongojado y presuroso, hinchado el rostro y sonrosado con la fatiga del caminar, y todo el cuerpo bañado en sudor, que mezclado con la sangre le corría por todos sus miembros.

De esta manera llegaron al Calvario, lugar destinado al tormento de los ajusticiados. Y habiéndole ofrecido vino confectionado con mirra y hiel al objeto de entorpecerle los sentidos, aunque lo probó no quiso beberlo para sentir con toda su intensidad los tormentos de la crucifixión. Y luego, desnudo de sus vestiduras, le extendieron en la cruz y enclavaron en ella con dolores agudísimos, y levantado en alto le pusieron en medio de dos malhechores condenados al mismo suplicio.

Eran cerca de las doce del día. El sol desde el punto más alto de su carrera vibraba sus rayos más ardientes, inundando el espacio de claridad y deslumbrantes resplandores. Expuesta á la vista de los cielos y la tierra, desnuda y enclavada en un infame madero está la Sagrada Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo. Desde la planta de los pies hasta lo más elevado de la cabeza, no hay en él miembro que no sufra especial dolor. Corre la sangre por todo el cuerpo; las sienes traspasadas con punzantes espinas; mesados los cabellos; anublada la luz de sus ojos con la sangre que por la frente le gotea; los labios marchitos y aheleados; desfigurado el rostro con las salivas y sangre reseca; el pecho descoyuntado, las manos y los pies taladrados, sujetos con clavos por las mismas heridas; desamparado de sus amigos; hecho la abominación de la gente, que á porfía le maldice y blasfema, así está Jesús una, dos, tres y más horas, sufriendo estos tormentos y baldones con paciencia infinita, pidiendo perdón por sus enemigos é



RECUERDOS DE ANDALUCÍA.

10. Torreón árabe en el puente de Córdoba. — 11 y 12. Molinos árabes en Córdoba. — 13. Contrabandista: tipo sevillano. — 14. Tipos de gitanos.

injuriosos, y ofreciéndose á Dios en sacrificio por los pecados de todos y cada uno de los hombres, á quienes tiene presentes con el pensamiento en aquella hora terrible, hasta que, llegado el momento decretado desde toda la eternidad, en el cual ha de consumarse la obra de nuestra salvación, toda la naturaleza, sobrecogida de estupor, comienza á dar señales temerosas de luto y tristeza; oscurece el sol, derrámanse por el orbe de la tierra densas tinieblas, se estremece y da bramidos

la tierra al espectáculo del Hombre-Dios moribundo; y dando Jesús un grande y esforzado clamor, inclínase su cabeza, desfallece el cuerpo y exhala su espíritu.

Así muere Jesús; así da cumplimiento á los eternos designios de Dios, á lo que de él han anunciado los Profetas, y á la obra maravillosamente divina de la reparación y redención de todo el humano linaje.

La muerte de Cristo en la cruz, rodeada de infi-

nitias ignominias y dolores, y preferida por él á cualquier otro linaje de muerte, la tuvieron los judíos por escándalo y los gentiles por locura; la luz de la recta razón descubre en ella el poder y la sabiduría de Dios. En la santísima Humanidad de Nuestro Señor Jesucristo, muriendo á vista de los cielos y de la tierra en un madero infame y maldonado, aprendemos á estimar la dignidad del alma humana, que el mundo antiguo no supo sino despreciar, pisotear y aun odiar; allí vemos la gravedad

RECUERDOS DE LA ROMA PAPAL.



BENDICIÓN PAPAL EL DÍA DE PÁSCUA DE RESURRECCIÓN.

del pecado, infracción de la ley divina, para cuya expiación fueron necesarias tantas afrentas y tormentos; ante la humillación de la cruz abate la frente avergonzado el orgullo incomprensible del hombre; los padecimientos del cuerpo de Cristo confunden el regalo de nuestra sensualidad, y concupiscencia; sus vituperios, los atavíos de nuestra necia presunción; y sus deshonras, el punto vidrioso de nuestro falso honor. Y mientras sus oprobios y dolores esfuerzan con aliento incomparable las víctimas de la

crueldad y de la injusticia, y la luz vivificadora que despiden sus heridas hermosea las de los inocentes, y refresca como bálsamo eficazísimo las de los culpables, iluminando hasta la lobreguez de las cárceles y la abyección de los patíbulos, la cruz ignominiosa de Cristo, enhiesta en el Calvario, y triunfando al fin de la soberbia, de la maldad y de los infinitos errores y villanías del depravado corazón del hombre, enseña con elocuencia irresistible que sólo por las asperezas de la humillación podemos

subir á la cumbre de la gloria, y por las puertas de la muerte entrar en los alcázares de la vida.

MIGUEL MIR, S. J.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

(Conclusión)

II

La filosofía de Santo Tomás, levantada en el centro de la Edad Media como la luz en el seno de las

tinieblas que cubrían los orígenes de la tierra que habitamos, disipó los errores todos que venían hacia tres siglos trabajando los espíritus, y del fondo de aquellos siglos de perturbación y de ignorancia surgió el siglo XIII, que, animado por el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, fué por excelencia el siglo de fe y de entusiasmo religioso, el siglo de la ciencia racional y de la ciencia teológica, el siglo que se alzó en el desierto de la historia de la filosofía esplendente y majestuoso como la columna de fuego que guiaba a los hijos de Israel hacia la tierra prometida. No hay problema racional al que no haya dado solución completa y científica ese humilde hijo de Santo Domingo, atento desde el silencio de su pobre celda a todas las contiendas sociales y religiosas, filosóficas o teológicas, é imponiéndose por su santidad excelsa y por su universal sabiduría a Reyes y a Papas, a Universidades y a pueblos. Jamás el cetro del saber tuvo tan vastos dominios; pero jamás rey tan sabio ha empuñado ese cetro divino. La filosofía, que como la altiva Agar se había divorciado de la fe y erraba llorosa y sin sustento por la esterilidad del paganismo, es reducida por ese ángel a la casa de Abraham, mas para que sirva a Sara; y establecida la concordia entre la señora y la sierva, si la fe ha menester de los servicios de la razón, ésta ve que en recompensa se alejan cada día más los límites de su horizonte, iluminados por los esplendores de la ciencia revelada. La teología natural conquista aquellas verdades que eran antes patrimonio de unos pocos, que a fuerza de fatigas intelectuales las poseían a medias y nunca exentas de errores. Las herejías y los cismas fueron para siempre debelados; las potestades deslindadas; señalados los deberes y preñados los derechos de los reyes y los pueblos; informadas las costumbres de los fieles, dirigidas y ordenadas con los preceptos de una ética cristiana.

Así la voz del Angélico Doctor, calmando la anarquía de los espíritus, pareció a todos como el eco de una multitud de voces, y como la voz del ángel que hablaba a Daniel junto al Eufrates; porque era la voz de la ciencia y la voz de la religión, la voz de las Escrituras divinas y la voz de los Santos Padres, que cantaba el epitafio de la fe y de la razón, y unía en ósculo de paz la religión y la ciencia en sus gigantescas Sumas y en su Cadena de oro. La voz de Tomás es la voz de todos los siglos y de todas las escuelas, porque es la voz depurada y armónica de la verdad, que, doquiera que se halle, es una participación de la verdad primera y absoluta. Es su voz como aquella rueda misteriosa que vió Ezequiel junto a los cuatro animales, que tenía cuatro caras; porque la doctrina del Angélico Doctor sintetiza la verdad racional y la verdad revelada de las cuatro grandes manifestaciones de la historia: la filosofía pagana, la revelación judaica, el Nuevo Testamento y los escritores todos de la era cristiana.

¿Qué extraño es, por consiguiente, que el mundo entero saludara con júbilo su aparición sobre el horizonte de la vida, y le aclamara sol de las inteligencias, y que cuantos sabios verdaderos han sido después del Angélico Doctor intentaran tan sólo describir órbitas más ó menos grandes, pero siempre en derredor de este centro del saber humano? «Compendio de misterios, dijo un sabio bien conocido, es la Suma de Santo Tomás. En ella está reunido cuanto se puede saber y enseñar; en ella están encerrados los Ambrosios, los Jerónimos, los Agustinos, los Gregorios; en ella está encerrado el mismo Angélico Doctor, mayor y menor que él mismo, resumen de extraña ciencia y compendio de la propia. A todos los sabe quien entiende a Tomás.»

¡Feliz escuela la del doctor de Aquino, exclama otra ilustración, y más feliz aún la Iglesia si cuantos en ella se dicen doctores fuesen émulo del Angélico Doctor en su amor a la antigüedad, a la autoridad, a la armonía y a la universalidad de la ciencia! Así lo hicieron en sus días de gloria las célebres universidades de París, Salamanca¹, Alcalá, Zaragoza, Huesca, Toledo, Valencia, Pamplona, Sevilla, Méjico, Lima, Coimbra, Duay, Tolosa, Bolonia, Nápoles, Pádua, Turín, Buda, Cambridge, Oxford, Dörlingen, Avignón, y cuantas en épocas mejores merecieron el título de tales. ¿Qué se hizo de su corona de gloria? Así lo hicieron y siguen haciendo las de Lovaina y Manila, mi madre amantísima, que acaba de dar al mundo un restaurador infatiga-

ble de la doctrina del gran Maestro, y así lo hacen también esas Academias libres de Bolonia, Nápoles, Roma, Lila, París y otras, benditas por la Iglesia, patrocinadas por los Obispos y esperanza consoladora de todo el Catolicismo. Y si de los centros de enseñanza pasamos a los centros del saber, de la oración y del sacrificio, unánime aclamación se levanta de los cuatro vientos del globo en testimonio y en defensa del Doctor Angélico, maestro universal de casi todos los institutos religiosos. Los ermitaños y los canónigos de San Agustín, la sapientísima congregación de San Mauro con todos los Benedictinos del mundo, los Mercenarios, los Mínimos, los Carmelitas descalzos de la seráfica Santa Teresa, la ínclita Compañía de Jesús, los Barnabitas, los Premonstratenses, los Oratorianos, los Escolapios de la Madre de Dios, los Jerónimos, y esa pléyade incontable de santos y sacerdotes y jurisconsultos y filósofos de los siglos de oro, que han enseñado y que han escrito cuanto de notable encierran las bibliotecas de ambos mundos, todos han hecho profesión pública y solemne de seguir la doctrina de Santo Tomás de Aquino, y generalmente han cumplido como buenos ese deber que los honra. Nada os diré de mi Sagrada Orden de Predicadores, que debe a Dios el beneficio insigne de haber formado en su seno al Ángel de las Escuelas, y que será grande y fecunda mientras que se conserve en el mundo un solo ejemplar de la Suma de Santo Tomás.

¿Os parecen bastantes estas autoridades para tomar por guía y preceptor en la inquisición de la verdad al Santo Doctor que venís a honrar en este día?

¿Va abriéndose paso a vuestro espíritu la idea de que Santo Tomás sea el primero entre todos los filósofos? Seguidme un momento más, que aún nos restan autoridades de más peso.

Un solo decreto aprobatorio de una Congregación romana ha vulgarizado en nuestras escuelas la teología moral de San Alfonso de Liguori, discípulo de nuestro Santo. Yo podría citaros un centenar de Bulas de los Sumos Pontífices, en las cuales no se contentan con aprobar la doctrina del Angélico Doctor, sino que mandan seguirla, proclamándola verídica y católica, superior a todas, excepto la canónica, por el método de exposición y por la veracidad de sus sentencias, de tal manera que nunca haya errado quien fielmente la haya seguido, y siempre haya sido sospechoso de error cualquiera que la haya impugnado. Hánla llamado útil, amplia, angélica, divina, exenta de vanas curiosidades, segurísima, inconcusa, adquirida por infusión sobrenatural, y llena de tantos milagros como artículos contiene. Por eso Pío IX, el Pontífice del Syllabus, de la Immaculada y de la infalibilidad declaraba a la faz del mundo que no había otro medio para reparar los estragos del materialismo, que la vuelta a los principios de la ciencia tomista; y nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, realizando el pensamiento de su dignísimo antecesor, hace de la filosofía de Santo Tomás el programa oficial de las escuelas católicas, funda Academias bajo el nombre y patronato del mismo Santo Doctor para la difusión de sus doctrinas, y émulo de la gloria y del celo del gran San Pío V, ordena que con los caracteres más hermosos y los códigos más autorizados que sea posible encontrar se editen todas las obras del Santo y de sus más renombrados comentadores, y acaba de elevar su festividad al rito de primera clase, igualándola a las principales de la Iglesia. ¿Y sabéis por qué? Porque la filosofía de Santo Tomás, dice el sabio Pontífice, ha llenado ampliamente la medida de su dictado, y es plenamente conforme a las verdades de la fe.

Por eso también ese ilustre Prelado, pastor amantísimo de un pueblo que lleva en sus venas la sangre de nuestro pueblo, y al cual nos unen además los vínculos de la historia, de la lengua y de la religión: y esos eminentes profesores y literatos, gloria de las ciencias y de las letras patrias, no satisfecho su entusiasmo y su ardimiento en favor de la doctrina de Santo Tomás, profesándola y propagándola según sus fuerzas y su posición social, han venido a este centro literario y católico de la capital de España para asociarse al homenaje de adhesión y de amor que la Juventud Católica de Madrid tributa hace ocho años al Ángel de las Escuelas.

¡Ah! Señores, que este concierto de aprobaciones por espacio de más de seis siglos es sobre toda ponderación elocuente y decisivo. Pues unid a él la voz elocuente, solemne, colectiva y majestuosa de esos Concilios augustos celebrados con la asistencia del Espíritu Santo en Lyon, Viena, Constanza, Basilea, Florencia y últimamente en Roma, y el concierto de alabanzas se reviste de un carácter que se impone por su grandeza, porque en todas esas asambleas católicas, como decía el orador del Tridentino, los escritos de Santo Tomás fueron la piedra de toque para conocer la ortodoxia de las doctrinas. ¿Y cómo

os ponderaré, señores, la gloria que tributó a Tomás el concilio Tridentino, esa asamblea sin igual que legó al mundo un Código sin ejemplo? Alzase en el centro de su altar la efigie del Crucificado, a la derecha de éste la Sagrada Biblia y a la izquierda... ¿qué? ¡Oh gloria del Angélico Doctor, testimonio irrecusable en favor de su doctrina! A la izquierda la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino. Este honor, observa el reinante Sumo Pontífice, no se ha concedido a ningún otro doctor católico, y es la aureola más refulgente con que ha podido la Iglesia orlar las sienes de Santo Tomás de Aquino. ¡Tomás después del Espíritu Santo! ¡La palabra de Tomás después de la palabra de Dios para dirimir las controversias! Así fué en efecto. Un fallo dogmático iba a ser pronunciado sobre la institución del sacerdocio; alguien cree (el arzobispo de Granada) que el acuerdo proyectado disiente de Santo Tomás, y el santo Concilio suspende sus trabajos para otra sesión, ordena el estudio del texto de mi Angélico Doctor, y no pronuncia sentencia hasta cerciorarse de su absoluta conformidad con los escritos del Santo¹.

Estos testimonios son irrecusables, señores; pero me resta otro, aducido por autoridades como San Pío V, San Vicente Ferrer, San Antonio de Florencia, Clemente VII y Benedicto XIII, que los excede, que los abarca, que los explica todos. Profundamente conmovido el Angélico Doctor por la gravedad de las cuestiones que salían diariamente resueltas de su pluma fecunda, póstrase ante la imagen de Jesús Crucificado, derrama a sus pies su alma y su corazón, y pídele confiado y reverente la tranquilidad de sus ansias. ¡Oh momento supremo y decisivo! *Egrasa est gloria Domini a limite templi, et stetit super cherubim*. El Crucifijo se anima, la oración del justo ha llegado al trono del Altísimo y recibe el Verbo de Dios esta respuesta, que debió conmovier las jerarquías celestiales: *Bene scripsisti de me, Thoma*. Tomás, has escrito bien de mí. El Verbo del Padre aprueba la escritura del hombre: enmudezca toda lengua cuando es Cristo quien alaba. Llaman otros a Santo Tomás el Ángel de la Teología y el Príncipe de los filósofos; confiese Juan XXII que la Suma tiene tantos milagros como artículos: todo esto es pálido al lado de esta palabra *bene*: Cristo es el Verbo del Padre, Tomás el adverbio del Hijo. *Bene scripsisti de me, Thoma*. Un solo Verbo agotó las

¹ Aunque nos habíamos propuesto no recargar este discurso con notas, hemos de permitirnos aquí una excepción, pues no falta, por desgracia, quien haya intentado rebajar esta gloria de Santo Tomás: *Quae maxima est et Thomae propria, nec cum quopiam ex doctoribus catholicis communicata*, como afirma León XIII. Dicese que también estaban allí los decretos pontificios. ¡Gran descubrimiento! Lo dice el mismo León XIII: *Una cum divinae Scripturae codicibus et Pontificum Maximorum decretis Summam Thomae Aquinatis super altari patere voluerunt, unde consilium, rationes oracula peterentur*. Y antes que el Papa actual habíalo afirmado el canónigo regular de Nápoles D. Tomás de Aquino, deudo del Santo Doctor, y habíalo divulgado por el mundo el dominico P. Tournon, citando las palabras de aquel escritor de *Politia Christiana* (1, 2, cap. VI); hélas aquí: *Fide dignissimi retulerunt in magnae aulae medio, ubi erant congregati Sanctae Tridentinae Synodi religiosissimi Praesules, ac doctissimi Patres, mensam extitisse sacro librorum pondere gravem, in qua hi sacri codices conspiciebantur: Sacra Scriptura, Decreta Pontificum, et Sancti Thomae Summa*. (P. Tournon, *Vida histórica de Santo Tomás de Aquino*, tomo II, lib. V, capítulo VII.)

A pesar de esta declaración del más competente biógrafo del Ángel de las Escuelas, los admiradores del Santo continuaron repitiendo: *In Tridentina Paululum, quae solemne innotuit. Scripturam Sacram super altari una ex parte, Summam theologicam Sancti Thomae ex altera, media servatoris in cruce suffixi imagine, collocatam. Historiae produnt... ut iudicii honore cum Verbo Dei ejus doctrina participaret* (Nat. Alex., *Historia eclesiástica*, tomo VIII, pág. 648, edit. Lucae, 1752); *... Cujus Patres (Tridentini) Scripturae Sacrae... unicum Sancti Thomae Summam adici voluerunt* (Goudin, *Phil. tom.*, vol. I, Diss. 2, pág. 1). *In medio altaris eminet Crucifixi effigies, a dextris Scripturarum codex reponitur, a sinistris quid? ... Thomae Summa theologica. Locus illi secundus a Rege* (Billuart, *Orat. in laud. Div. Thomae*); *Hanc doctrinam (tridentinam) ex Sancto Thoma depromptam esse; imo ex ejus verbis pone contextam postea demonstrabimus*, etc. (Bossuet, *Tract. de Dilect. Dei*, pág. 22.) Podríamos multiplicar las autoridades sobre este hecho glorioso hasta la saciedad, haciendo ver que todos le conceden importancia suma y, por decirlo así, transcendental. ¿Es porque no conocían el texto del canónigo napolitano, ó porque no le creyeran verídico? Nada de eso: es simplemente porque aquella circunstancia en nada desvirtúa el testimonio que la Summa recibió en Trento. Hé aquí cómo se explica asimismo el citado canónigo Aquino: *Expende quo honore habita (Summa), quae inter codices divinos numeratur. Par erat ut post divinos libros Angelici recenserentur* (loc. cit.). Es decir, que los decretos pontificios que contienen las decisiones dogmáticas y la doctrina de la Iglesia no son un código humano, sino divino, y como la continuación de los libros canónicos, después de éstos, y por encima de toda humana concepción, la Suma teológica de mi Angélico Maestro.

¹ Véase más adelante el juramento de esta célebre Universidad. Con motivo de la presentefestividad de Santo Tomás enviaron su adhesión a la Encíclica *Aeterni Patris* y a Su Santidad León XIII cuarenta y dos profesores de la Universidad é Institutos de Madrid, y otros lo hubieran hecho a la menor noticia del acto que llevaban a cabo sus compañeros. En la reunión literaria de la Juventud Católica estuvieron algunos de los profesores que habían firmado la citada adhesión.

perfecciones del Padre, y con un solo Verbo agotó Cristo las alabanzas de Tomás. Todo se le promete al justo cuando se le dice por el Profeta *que bien*; todas las alabanzas de Tomás se afirman al decirle *scripsisti bene*. Vió Dios todo cuanto había creado, y lo encontró muy bueno; vió Cristo cuanto había escrito Tomás, y lo encontró digno de alabanza. *Ille enim probatus est, quem Deus commendat.*

Grande es el mérito intrínseco que la razón humana descubre en las obras de Santo Tomás de Aquino; grandes, inusitadas las alabanzas que le han tributado los sabios y los Santos, las Universidades y las Ordenes religiosas, los Papas y los Concilios y hasta los escritores heterodoxos; pero todas las supera, todas las agota, á todas les sirve de corona el elogio de Cristo Jesús Señor nuestro. Yo nada puedo añadir para proclamar al Angélico Doctor como el primero entre todos los filósofos, y presentaros su doctrina como una ciencia completa, y como el único organismo científico de filosofía cristiana, sino suplicaros que, pegada vuestra frente al polvo, os humilléis ante el genio portentoso de Santo Tomás de Aquino, bendigáis á Dios en sus obras, y exclaméis poseídos de profundo reconocimiento: *Bene scripsisti de me, Thoma*. Si lo hacéis, podréis también decir al Señor, imitando á Ricardo de San Víctor: *Domine, si error est quod amplectimur, a te decepti sumus*; porque en el aluvión de errores que amenazan sumergirnos, abrazáis la filosofía aprobada por el Redentor pendiente de la Cruz y repetidas veces recomendada por la Santa Iglesia de Dios.

RAMÓN MARTÍNEZ VIGIL.

LA CRUZ

Cristiano que cruzas los desiertos del mundo entretenido en jugar con sus arenas movedizas: escucha. Tal vez impelido por los fuertes vientos de las pasiones te has dejado arrastrar, como la hoja seca, por los caminos del vicio. Quizá tu corazón haya gustado una poca de miel, y grites que vas á morir. ¡Ah! No. Yo quiero, si no detener tu muerte, al menos hacértela soportable. Si la hermosa flor de la esperanza está marchita en tu alma, quiero hacerla renacer, quiero que confíes. Si amas con delirio las cosas de la tierra, ven, escucha la voz de la muerte; mira que sólo te dará una vil mortaja... un poco de polvo... y necio serás si no dejas con mérito lo que abandonarás por necesidad...

Mas no deseo ganarte por temor... No pretendo que te asuste la consideración del juicio... del infierno... de la eternidad... Quiero que medites la *Pasión del Señor*, que se cumplió, no sólo diez y nueve siglos há, sino que es un hecho presente... cotidiano... Te ruego alces tus ojos á la Cruz en que espira el Hombre-Dios, y la fe te mostrará tu nombre escrito en aquel madero; y si con fervor te prosternas en torno de la Cruz salvadora, verás que el Corazón de Jesús por tí sólo agoniza... por tí sólo padece... y la sangre que mana de sus cinco llagas á tí solamente quiere purificar, pues San Pablo te dice «que este Dios Salvador á tí sólo te amó y se entregó á la muerte por tí».

Puede ser ¡oh alma que esto lees! que hasta hoy no te hayas detenido á pensar en el gran amor que Jesús te tiene, ofreciéndose voluntariamente á pagar tus deudas, á sufrir la muerte...

El amor se conoce por los beneficios, se prueba por el sacrificio.

Pero en este mundo, y en estos días tristes que atravesamos, no reina más que el egoísmo. Pocos favorecen á sus prójimos, menos son los que se sacrifican por su bien: así que no es extrañable que con frecuencia te lamente de la falta de caridad. Mas deja el mundo. Alza por piedad tus ojos á la Cruz, y hallarás la esencia del amor, el cúmulo del sacrificio.

¿Qué ves en aquel madero? ¿No deseas saber quién es el que en él padece? ¡Ah! Es el Hijo de Dios, el *Santo por excelencia*, la *Inocencia misma*... la *Sabiduría y Bondad infinita*... Padece el que con una sola palabra sacó el mundo de la nada, el Criador de cielos y tierra... la segunda persona de la Trinidad Santísima.

¿Y qué padece? En el alma y en el cuerpo, en su honor y reputación, penas insufribles, amarguras sin cuento, calumnias monstruosas. ¿Cómo padece? Con invicta paciencia, con humildad profunda, con silencio asombroso, sin decir una palabra, ni para quejarse, ni para defenderse.

¿Por quién padece?... Por tí... ¡Por mí! ¿Te causa extrañeza? ¿Y para qué padece por mí? Para que vayas al cielo... para hacerte participante de su gloria... para que seas eternamente feliz... ¡Oh cuánto amor! Sí, hermano mío: justo es que tanto amor te llame la atención; necesario es que vengas

á estudiar en la escuela de la Pasión, pues sus lecciones te salvarán.

Tú, pobre habitante del campo, que unas veces sufres el frío más riguroso, y otras el más copioso sudor baña tu frente, ven á contemplar á Jesucristo en su dolorosa Pasión, y le verás sudar sangre... pasar las noches sin abrigo...

Tú, pobrecita mujer que lloras por no tener un lienzo con que envolver á tus hijitos, y te aflige el verlos sufrir una enfermedad, mira que Jesús nació en un establo y muere sin tener donde reclinarse la cabeza... y eso que Dios... sus riquezas son inmensas... su casa es el cielo...

Tú que yaces en la mayor necesidad, que no tienes un pedazo de pan que llevar á la boca y te avergüenzas en pedir, tú que te ves miserable y abandonado, ¡ah! no te quejes de la Providencia... no murmures... si sufres con resignación el cielo te se abre al morir, y para sufrir mira á Jesús en la Cruz: está lleno de hambre... tiene sed, y le dan hiel y vinagre, y, abandonado de la tierra, hasta el cielo le desampara... Vosotros, si sabéis, fácilmente podéis ir al cielo... sólo se necesita llevar esas penalidades con gusto. Sufrir por lo mucho que sufrió por vosotros Jesús.

Tampoco me olvido de tí, joven enamorada del mundo y de su efímera belleza: tú que ansías placeres, que buscas afanosa el amor, ven, mira á la Cruz, y en ella hallarás goces inefables; y si ese sensible corazón se entenece, si de tus ojos se desprende una lágrima, recógela con cuidado; haz que no sea la única: cuantas más, tanto mayor placer sentirás: San Agustín te lo dice. El que está en la Cruz ¡oh joven! está loco de amor por tí... Es digno de que le ames... No te abandonará jamás. Su amor no te hará sufrir... te hará siempre dichosa... ¿Qué dices? Jesús espera tu respuesta...

Ven tú, señora, al pie de la Cruz. Por tu estado, por la sociedad que frecuentas, por el aire emponzoñado que se respira en el mundo, necesitas más que nadie no apartar tus ojos del Crucificado.

Si Jesús nos salvó á todos, á tí, mujer cristiana, te salvó dos veces.

Ven, hombre del gran mundo: y si con atención miras á la Cruz, dirás lo que un impío: «más impresión me causa la imagen del Salvador muerto en la Cruz, que todos los sermones del mundo»; pero tú obrarás mejor que él.

Venid los que dudáis de todo, los que sois incrédulos por sistema; considerad las circunstancias que acompañan la muerte de Jesús y diréis lo que el malvado Rousseau en uno de aquellos intervalos lúcidos: «Si la vida y muerte de Sócrates bendiciendo al que le presenta la copa de veneno son propias de un sabio (según el mundo), la vida y muerte de Jesús son propias de un Dios.» Pero... dejaréis la incredulidad, os abrazaréis á Jesús... y querréis morir en sus brazos... ¡Ah! No lo neguéis... Vuestro corazón os está diciendo que es la mayor dicha morir en los brazos de Jesús... ¿No es cierto que lo deseáis?... Pues venid... Jesús en su agonía tiene sed... sed de vuestras almas... Muera yo solamente, dice, pero que viva el hombre... ¡Qué gran amor! ¿Y no es el hombre quien hace morir á Jesús? ¿No son sus pecados los que le dan muerte leve?... No importa... No os asusten vuestros crímenes... No tengáis miedo... Jesús tiene los brazos abiertos...

El título de *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*, que Pilatos mandó poner sobre la Cruz, entre otras interpretaciones dice esta consoladora: *Injuriarum non recordabor inimicorum*... No me acordaré ya más de las injurias de mis enemigos.

¿Queréis ir al cielo? Todos decís que sí. Pues ahora es el tiempo de emprender el camino... No os dejéis engañar... Si al dar el último suspiro queréis besar la imagen de Jesús crucificado, grabadla ahora en vuestro corazón... Tal vez esté cerca este momento, pues vuestra vida es un reloj andando; cada golpecito de ese reloj es un paso hacia la eternidad: y á la hora en que ese reloj se pare, para siempre parado quedará... para siempre marcará la misma hora: jamás variará... y si en ese instante no vivís en Dios, vuestra condenación es segura.

Venid, pues, todos con humildad, con fervor y diligencia, con un corazón contrito y lleno de confianza en la misericordia de Cristo Nuestro Señor, á meditar ú oír la divina predicación de la Pasión. Jamás os olvidéis de la muerte ignominiosa del Señor: olvidaros de ella es la más negra de las ingratitudes.

T. C.

TRADUCCIÓN DEL HIMNO STABAT MATER

Allí estaba dolorosa
Junto á la cruz y llorosa
Mientras su Hijo padecía,

Ayuntamiento de Madrid

Madre triste y angustiada,
Cuyo ánimo la espada
Del dolor atravesó.

¡Oh cuán triste y afligida
Se halló aquella bendecida
Santa Madre del Señor!

Que gemía, y se dolía
Contemplando, Madre pía,
A tal Hijo en tal dolor.

¿Quién sin llanto hubiera visto
Allí á la Madre de Cristo
En angustia tan cruel?

¿Qué almas hay que no taladre
Contemplar cómo la Madre
Va padeciendo con él?

Por pecados de su gente,
Vió á Jesús manso y paciente
Los tormentos tolerar:

Vió á su Hijo tan querido
Padece en hondo olvido,
Y por último espirar.

Madre, fuente de amor llena,
Haz que sienta yo tu pena
Y que llore junto á tí;
Haz que mi pecho se inflame,
Y al divino Cristo ame,
Y agradarle logre así.

Yo te ruego que esto hagas:
Santa Madre, con sus llagas
Sella tú mi corazón.

Tu Hijo amado, así llagado,
Ha borrado mi pecado;
Dame parte en su aflicción.

Acompañe yo tu llanto,
Y del Crucifijo santo
Sienta viva fiel piedad.

De tí al par junto al madero
De la cruz, lamentar quiero
Tu aflicción y soledad.

Virgen de vírgenes pura,
No me muestres amargura,
Haz que yo llore también;
Haz que viva de tal suerte
Que en mí de Cristo la muerte,
Pasión y llagas estén.

Que de esas llagas me llague,
Y que en la cruz me embriague
De la sangre divinal.

Porque yo no vaya al fuego,
Que me defiendas te ruego
En el término final.

Por tu Madre, oh Cristo, alcance
Yo el triunfo en el postrer trance
De esta mi vida fugaz.

Cuando el cuerpo triste muera,
Haz que al alma se confiera
La celeste dulce paz.

ANTONIO GARCÍA V. QUEIPO.

Santiago, 27 de Octubre de 1883.

LA ÚLTIMA CENA

El cordero pascual, sagrado emblema
De Víctima suprema,
Todo el pueblo judaico disponía,
Mientras el verdadero
Reparador y celestial Cordero
Al odio ciego la traición vendía.

De derramar la sangre redentora
Se aproxima la hora:
Hora que al tiempo precedió en la mente
Del Hacedor eterno;
Hora que con horror prevé el infierno,
Y al cielo abisma en pasmo reverente.

Mas en tanto la Víctima sublime,
Cuya sangre redime
A un mundo criminal, y el fin espera
De su misión divina,
Sus pasos al Cenáculo encamina
A celebrar la Pascua postrimera.

Doce varones son los que, elegidos
Cual amigos queridos,
Llama Jesús á su banquete augusto,
Y los que deben fieles
Las penas compartir, duras, crueles,
Que el cielo envía al corazón del Justo.

Doce Apóstoles son, doce tan sólo,
Y la traición y el dolo
Al uno tornan pérfido enemigo,
Que, como vil serpiente,

Clavar intenta el venenoso diente
En aquel seno que le diera abrigo.

El último es que llega conturbado
Al convite sagrado:
Vedle; de horror se eriza su cabello,
Y en su mirada incierta
Y adusta faz, de amarillez cubierta,
Del crimen lleva al infamante sello.

Jesús empero con serena frente
Le recibe clemente,
Y el alma vil del criminal aterra
Tan celestial dulzura,
Imaginando en su mortal pavora
Que bajo de sus pies se hunde la tierra.

¿Y será ¡oh Dios! tu mansedumbre tanta
Que allí á tu mesa santa
El manjar gustará, por Tí bendito,
Y llegará su boca
Al borde mismo que su labio toca,
Y en que tu amor se ostentará infinito?

¡Oh, sí! Miradle: de Jesús enfrente
Se sienta el delincuente;
Insólito temblor su cuerpo agita,
Y con empeño vano
Quiere encubrir bajo su helada mano
La maldición en su semblante escrita.

Mirándole el Señor busca benigno
Algún dichoso signo
De sincero dolor, pues su presciencia
Por su amor enmudece,
Y ya el perdón en su mirada ofrece
Al despertar de Judas la conciencia.

Uno me vende de vosotros, clama:
A tan inicua trama
Llenos de horror su indignación reprimen;
Mas el divino acento
Excita sólo altivo atrevimiento
En el vil corazón que alberga el crimen.

¿Por ventura soy yo? pregunta osado
El Apóstol culpado:
Y... Tú lo has dicho, le responde Cristo:
Con presto paso llega
Mi tiempo ya; mas ¡ay de quien me entregal
¡Feliz si nunca el sol hubiera visto!

Dice, y bajando la inclita cabeza,
Con piadosa tristeza
La infausta suerte del traidor deplora,
Mientras su rabia excita
Oculta voz con que incesante grita
A su oído Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»

Mas antes llega el venturoso instante
Que el Salvador amante
Previsto tiene para dar al mundo,
De admiración suspenso
En alta prueba de poder inmenso,
Perpetua prenda de su amor profundo.

Tomando el pan en sus sagradas manos
Alza los soberanos
Ojos al cielo con fervor divino,
Y articula un acento
Que trueca el pan en inmortal sustento
Y en néctar de los ángeles el vino.

¡Hecho inefable que al empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra
Su excelsitud deprime y su grandeza;
Ante el sublime arcano
Anonadado yace el juicio humano,
Y la razón proclama su flaqueza.

¡Oh de clemencia inescrutable abismo!
Así se ofrece Él mismo,
Dejando eterno en el linaje humano
Su celestial convite,
Y aun su sangre santísima permite
Que éntre en el pecho del traidor villano.

Ya instituido el Sacramento egregio,
De su atroz sacrilegio
Se espanta Judas: ciego, fascinado,
Huye en veloz carrera...
Donde un cordel á su garganta espera,
Premio final de su horrible atentado.

JUAN NICASIO GALLEGÓ.

LA RELIGIÓN CRISTIANA

ODA

(A la *Juventud Católica* de Valencia.)

Lumen ad revelationem gentium.

La luz se va á extinguir: del claro día
Llamada postrer, ignea escarlata

Invade la región del aire fría.

Los anchos horizontes
Ya no inunda de Febo la luz grata,
Y va la sombra impía
Rodando por las faldas de los montes...
La luz se va á extinguir: extraño viento
Por los desiertos zumba
Del corazón humano, macilento;
Apágase la luz del pensamiento...
Se aproxima la noche de la tumba!
¿Qué es la vida del hombre?
Un día sólo de fugaz carrera
Que, en resplandor mentido,
Sacudiendo su roja cabellera
Cruza en rápido paso por la esfera
Y salva los confines del olvido.
¡Ah! ¿Por qué no decirlo?
¡Oh Dios de la verdad! Fingid muy largo,
Nadando en dicha y goces, el mañana:
Ya vendrá á despertaros del letargo
La dolorosa voz de la campana.
¡Feliz quien pueda entonces
Alzar la frente al sol del infinito
Que por Oriente avanza,
Y de virtud el alma transparente
Pueda exclamar con fervoroso grito:
¡Tú fuiste ¡oh Dios! mi gloria y mi esperanza!

...
Pálida estrella que en el éter gira,
Náufrago aislado en el oleaje incierto,
Cárcel de sombra que la luz suspira,
Átomo allá arrojado en el desierto,
El hombre, eterno idiota
De su anhelo, que en lágrimas le anega;
El hombre, fugaz lampo, errante nota,
Nauta sin rumbo fijo
Que en la cerúlea inmensidad navega,
Cruza la tierra oscura
En pos de un ideal, cual solitaria
Ave sube al azul del firmamento,
Imprimiendo el rumor de su plegaria
Entre las ondas del voluble viento.
Que nada le pregunten de su historia:
Tiene el caos por cuna;
Su porvenir está en el infinito,
El hoy es humo infando:
Sólo sabe ¡oh dolor! que es un proscrito
Que de su patria el sol busca llorando!
¡Salve, oh bendita Religión cristiana,
Rayo de amor que bajas desde el cielo
Y alumbras la razón torpe y liviana,
Para que, en pos de tu fulgor divino,
Tienda el humano espíritu su vuelo!
Tú eres único guía
Del hombre que al cruzar el mar del mundo,
Sabe que es un misterio la existencia
Que sólo explican ya el fulgor fecundo
Y la luz eternal de la creencia.
¡Salve oh consuelo y esperanza y vida,
Templo de paz para el que lucha y llora!
El ara del amor está encendida:
Suenan la voz en el profundo arcano,
Y el corazón humano
Se postra, y cree y adora

Mas ¿qué rumor, cual de tormenta oscura,
Llega en ondas de rojo centelleo,
Y el templo azota y con furor murmura?
Es de incredulidad el corifeo...
Es la deificación de la criatura!
Torpeza fué: desde el altar de gloria
Do al mundo se mostró la efígie santa,
Incapaz de entender grandeza tanta
Ofreció en su pasión incienso el hombre
A la culpada historia.
Proclamó Dios á su razón menguada,
Anuló por extraños sus deberes,
Y ante el ara humillante y profanada
Rindió culto de estúpidos placeres.
Sombra es el alma, la materia piensa,
Es el sepulcro lodazal profundo
Y el hombre allí detrito funerario...
Y en tanto en el Calvario
La Cruz alumbró solitaria al mundo!!
¡Ah! bruto y ángel, ¿para qué las alas
Eterno Job de sus miserias quiere?
Es polvo vil la idea,
Polvo es la chispa que el cerebro hiere.
Del «más allá» la aspiración eterna
Que tras cada deseo se levanta,
En muda lucha interna
Impulsa y mueve su agitada planta.
Y corre ¡precio! tras el hondo arcano...
Así del mar en el cerúleo llano
El horizonte que pintó la aurora
Se propone alcanzar con afán vano
La nave voladora.
Ved al crimen aleve
Arrebatando á la virtud su manto;

Ved al error que á la verdad se atreve.

Ved al mal contra el Dios tres veces santo!
Y el caos avanza y sobre el mundo vuelca
Ríos de sombra y de tinieblas mares;
Brisas de duda el ánimo respira
Socava los católicos altares
De las revoluciones la piqueta,
Y es pagana la lira
Que resuena en las manos del poeta.
Enciende del error la inmensa pira
De fe y virtud la arrebatada lumbre,
Y asciende de su orgullo á la alta cumbre,
Y de hito en hito á Dios el hombre mira!
¡Ah! Dios sopló en el barro, y brotó el alma
De su soplo á informar la inmortal vida...
Sopló el hombre en el alma, y brotó el barro
Que á eterna muerte y mezquindad convida!!
¡Oh! Dadme el fuego del volcán gigante,
Dadme del rayo el vivo centelleo,
Dadme la voz del trueno resonante
Y el dolor del cristiano Prometeo,
Y llorando la duda,
Yo cantaré los triunfos de la vida
Sobre el negro, simbólico trofeo!
Larva de su dolor que gime y ora,
El hombre halla en la tumba su capullo,
Do de su alma las alas elabora
De la pálida muerte al sordo arrullo.
Y cuando del querub al ronco grito
La losa del sepulcro se levanta,
Su cárcel rompe y vuela al infinito,
Crisálida inmortal de su fe santa!

Mas ¡ah! doliente soledad oscura
Envuelve al hombre en la región del suelo:
Etapa de amargura
De su existencia el ignorado anhelo!
Que asalta el corazón la duda impura,
Y está sombrío el cielo
Y sorda está á sus quejas la natura.
Errante peregrino,
A la luz de un crepúsculo dudoso
Recorro mi camino
Siempre en la altura fija la mirada:
Mis pies flaquean, mi alma está cansada.
¿Do hallar podrá reposo,
Dónde descansaré de la jornada?...

—¡Ah! ¡El templo de la cruz! Bendito sea
El árbol del desierto de la vida,
Cuya rosada sombra gigantea
Al dulce sueño del amor convida,
Y en cuyo ignoto germen
La floración de la ventura anida!
¡Bendito el árbol cuya excelsa copa,
Poblada de murmullos de oraciones
Al riego de las lágrimas, fecundo
Que vierte en su fe el mundo
Se va alzando del cielo á las regiones!...
¡Salve mil veces, arca salvadora
Del diluvio del mal en la honda noche,
Que abres tus puertas á la paz creadora
Cual del alba á la luz la flor su broche!
¡Salve mil veces, lumínar fecundo
Que guía al hombre al eternal mañana,
Salve mil veces, redención del mundo...
Salve mil veces, Religión cristiana!

Tú eres ¡oh templo! el punto de reposo
En nuestro largo viaje por el suelo:
Tú vida y esperanza,
Santo lazo de unión de tierra y cielo!
¡Ah! Pedid á la historia
Que os relate en sus páginas de oro
Su inmarcesible gloria:
Exigid á la ciencia
De sus descubrimientos el tesoro
Y de su salvación la alta memoria:
Dejad que el arte con el mundo á coro
Repita sus canciones,
Por el amor y la virtud trocadas
En alabanzas, gloria y bendiciones!
Y allá en los arenales
Que al Dios de Sinaí tronar oyeron:
Y en la abrasada vega
Do eternas elegías murmurando
El Eufrates arrastra sus caudales
Que en el color del jirio se tiñeron:
Y en las estepas de África desiertas
Cuyo cielo la aurora
Cubre de un velo de rojiza lumbre:
Y al pie del Atlas, cuya excelsa cumbre
El fulgor de los trópicos colora,
Y en cuanto cubre el cielo y el sol dora,
Hoy con ardor no visto
Lánzanse ¡oh Religión! tus adalides
A enseñar la verdad de Jesucristo;
Y cruzan altos montes,
Y vencen del desierto la inclemencia
Para llevar á extraños horizontes
La luz de la sagrada inteligencia.

¡Ah! Tú eres el amor, dicha y reposo,
Fuera de tí la guerra y la amargura...
¡Mil veces venturoso
Quién no te escandalize en su locura!
Abre ¡oh divina Religión cristiana!
Abre esos centros de virtud y ciencia,
De do á la lucha lánzanse tus hijos
Tras afanes prolijos,
Y envueltos en el manto de su creencia.
Ábrelos de entusiasmo enardecida,
Que grite el necio ó el sofista arguya,
Pues tú eres el amor, la luz, la vida:
Religión, la victoria es siempre tuya!
Mas ¡silencio!... Otra vez tormenta oscura
Llega en ondas de rojo centelleo
Y el templo azota y con furor murmura...
Es de incredulidad el corifeo,
Es la deificación de la criatura!...
¡Perdón, Dios mío!... mas callad: la esfera
Enluta el resplandor que la llenaba,
Tiemblan las almas en congoja fiera...
La luz se va á extinguir: la vida acaba...
¡Sobre su eterno trono Dios espera!!

FRANCISCO LALIGA JORGUEL.

Valencia y Febrero 1884.

LA ROSA BLANCA DE LOS KERMADEC

ADVERTENCIA



DURANTE la emigración de 1876, tuve la suerte de ser destinado, con otros muchos de mis compañeros de armas, á la católica ciudad de Rennes.

En esta ciudad, tan entusiasta de la causa legitimista, no tardamos los oficiales del ejército de Don Carlos en adquirir honrosísimas relaciones con las principales familias del país, descendientes todos de los héroes de la Vendée.

Uno de mis amigos, persona respetabilísima en el departamento del Ille-et-Vilaine, me contó el siguiente relato histórico que él mismo había oído de boca de su señor padre, y que los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA me parece han de leer con sumo placer.

INTRODUCCIÓN

Era yo aún muy joven cuando salí de Vendée para ir á estudiar á París; pero me acuerdo perfectamente de un anciano á quien visitábamos muchas veces mi padre y yo.

Vivía en una casita sola á las orillas del Sèvre. Era nuestro anciano un hombre alto, de carácter franco y enérgico, robusto aún, no obstante sus achaques y sus cabellos blancos. Había perdido un brazo, y andaba penosamente ayudado de un bastón. Sus maneras y su lenguaje denotaban un hombre de superior condición á la de las gentes del campo. Exceptuando mi padre, el señor cura y un guarda de campo, su amigo, nadie absolutamente le visitaba.

Los habitantes de la aldea contaban de Antonio cosas extrañas y misteriosas. Se decía que, después haber pasado todo el día encerrado en su casa, recorría por la noche el bosque y la vecina pradera. Generalmente se creía que Antonio estaba loco; los niños huían de él como de un hombre misterioso y terrible. El pobre anciano, insensible á todo lo que se decía en derredor suyo, no aspiraba más que á la soledad, la cual era toda su ambición. Todos los domingos iba muy de mañana á la aldea para oír misa. Los demás días de la semana jamás salía de casa; todo lo que se sabía de Antonio era que había servido á unos señores del país y que se había vuelto sombrío y taciturno después del fin trágico de sus amos, á quienes quería entrañablemente. Once años contaba yo cuando se me confiaron estos detalles; pero puedo decir que se grabaron fuertemente en mi tierna imaginación. Niño y todo, comprendía yo que Antonio había conocido días más felices y que grandísimas tristezas amargaban su alma. Antonio me quería mucho; se esforzaba en parecer alegre delante de mí; mas su sonrisa tenía cierto aire de grave y de triste. Inspirábame grande curiosidad y respeto indefinido.

Hice un día en casa de Antonio un descubrimiento que excitó mi curiosidad infantil de una manera muy singular. La casa componíase de dos cuartos, y nosotros entrábamos ordinariamente en el primero. Yendo mi padre á una partida de caza, me había confiado á su buen amigo Antonio. Ignoro por qué causa éste me dejó solo y entró en el segundo cuarto; mas yo me introduje furtivamente detrás de él. Una sola ventana daba luz á esta habitación estrecha y baja, y una cama, algunas sillas y una mesa eran todo su ajuar. Un trofeo de armas colgado en la pared me llamó al pronto la atención: eran un par

de pistolas, una espada y dos escopetas de caza. Una de las escopetas, mucho más pequeña que la otra, debió en otro tiempo servir á una mujer ó á un niño. Esta arma de lujo estaba adornada de incrustaciones, en medio de las cuales figuraban blasones con la corona condal. El mismo escudo se hallaba en el pomo de la espada, que por cierto estaba ricamente cincelado. Parecióme muy singular que armas tan bonitas perteneciesen á Antonio. Este, ocupado en un rincón del cuarto, no hacía caso de mí. Sentía yo un vivo deseo de contemplar más de cerca la escopetilla, objeto de mi admiración especial, y me subí á una silla para alcanzarla; mas un nuevo espectáculo se presentó entonces á mi vista. Sobre una palomilla clavada en la pared, un vaso cubierto de un globo encerraba una sola flor blanca. Era una rosa artificial ya lacia, cuyas hojas estaban sembradas de pequeñas manchas de sangre. Admirábame del aprecio que Antonio parecía conceder á una flor tan fea. La niñez no se hace cargo del mérito que una persona puede dar á los objetos que recuerdan ciertas circunstancias de la vida: no conoce ni los pesares del pasado, ni los sufrimientos que el porvenir nos reserva; para la niñez no hay más que un presente de indolencia y de felicidad.

—Amigo Antonio—dije yo al ver la rosa—¿cómo guarda Vd. con tanto cuidado esa flor tan fea?

En el mismo instante hice un movimiento brusco para alcanzar la escopetilla objeto de mi codicia, y Antonio me cogió para impedir que me cayese al suelo. Pocas veces me negaba lo que le pedía; esta vez, sin embargo, me hizo salir de la habitación diciéndome con semblante severo que no había hecho bien en tocar la escopeta, que no servía á nadie ni aun á él mismo.

—¿Cómo, pues, no se sirve Vd. de ella? Es muy bonita. ¿O acaso le han prohibido á Vd. también coger la escopetilla? Dígame Vd. quién se la ha dado.

—Sería una historia demasiado larga para un niño de tu edad. Estas armas y lo que tu llamas una flor fea son mi más preciosa herencia. Es lo único que me queda de las personas á quienes más he amado en mi vida.

Y diciendo esto, Antonio se puso tan triste que me arrepentí sinceramente de haberle preguntado.

—Perdóneme Vd.—le dije—ya no volveré á pedir la escopetilla; no sabía yo que mis preguntas le pondrían á Vd. triste.

El pobre anciano me abrazó, y me prometió en recompensa de mi sumisión contarme la historia de sus armas cuando fuese bastante crecido para poder comprenderla. Al año siguiente mi padre fijó su domicilio en París, me puso en un colegio, y pronto olvidé á Antonio, su casa y mis juegos en las orillas del Sèvre. Seis años más tarde, una circunstancia muy triste me trajo de nuevo á mi país de Vendée. Mi padre había muerto, y fui á pasar mis vacaciones á casa de una de mis tías. Al ver entonces el lugar donde había pasado mi niñez, me acordé de Antonio y prometí visitar á aquel buen anciano, que mi padre estimaba tanto. Antonio hubiera tenido entonces cerca de ochenta años; mas no me vino al pensamiento que quizá ya no le encontraría. Pronto sentí extrañeza y dolor al saber que él también había dejado de existir. El nuncio de esta triste nueva fué el guarda, su amigo, á quien Antonio había legado su casa. El exterior de la habitación había sido restaurado, pero el interior no había cambiado. Los muebles eran los mismos y ocupaban el mismo lugar que antes. Sólo la escopeta de Antonio quedaba colgada en la pared, y la flor blanca había desaparecido. El guarda había conocido á mi padre. El mismo me dijo cuánto Antonio había sentido nuestra ausencia. Hablamos del tiempo de mi niñez y de cuando venía yo á jugar en la pradera. Yo le conté la curiosidad que Antonio me inspiraba, y expreséle el sentimiento de no haber podido saber la historia que Antonio me había prometido. Juan había sido su confidente, conocía toda su vida, y ofreció llenar mis deseos contándome la historia de mi amigo. Acepté la proposición del guarda, y fuimos á sentarnos en el banco de piedra donde tantas veces mi padre y Antonio se entretenían mientras yo jugaba. El guarda quedó silencioso un instante como para recoger sus recuerdos, y comenzó la narración, que voy á reproducir con la ayuda de Dios.

ANGEL ZARZUELO DE CANCIO.

Presbítero.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS UTILES

Reglas para adivinar el tiempo.—El profesor Boerne, en Vevey (Suiza), ha descubierto varias reglas de predicción del tiempo en un manuscrito latino, cuyo autor las funda sobre observaciones continua-

das desde 1677 hasta 1799. Hélas aquí, vertidas al castellano:

Primera. Cuando el solsticio de invierno no ha sido precedido ni seguido de las tempestades usuales, será seco el verano que sigue, cuando menos en sus cinco sextas partes.

Segunda. Vientos de Levante en 19, 20 y 21 de Mayo, indican un verano seco, y lo mismo sucede cuando hace viento, cualquiera que sea su dirección, en los días 25, 26 y 27 de Marzo.

Tercera. Tempestades que vienen de Poniente ó de Sudoeste entre el 17 y 23 de Marzo, anuncian un verano húmedo.

Cuarta. Un otoño húmedo seguido de un invierno blando, suele ser precursor de una primavera seca y fría, que perjudica á la vegetación.

Quinta. Un verano húmedo precede casi siempre á un invierno riguroso y frío, porque la evaporación absorbe el calor de la tierra. Obsérvese también que los veranos húmedos favorecen un desarrollo exuberante del endrino (ó espinoso blanco); de modo que esta planta, cuando va muy cargada de fruto, permite predecir un invierno riguroso.

Sexta. También indican las aves de paso un invierno riguroso cuando efectúan su partida antes del tiempo acostumbrado, en especial las grullas, que no suelen abandonar el país hasta que el frío las obliga á ello.

Séptima. Cuando Setiembre es lluvioso no lo suele ser Mayo, y cuando aquél es seco suele llover en Mayo.

Octava. Cuando en verano y otoño dominan los vientos de Sudoeste, ó cuando la temperatura es más baja que de costumbre, suele llover mucho hacia fin de año.

Novena. Los grandes vientos y otros movimientos violentos en las nubes indican una crisis en la atmósfera que es precursora de buen tiempo por bastantes días.

Décima. A un invierno benigno y lluvioso, sigue siempre un verano seco y de gran calor.

Undécima. Si el tiempo lluvioso se mantiene durante un período lunar, hace en el siguiente buen tiempo durante varios días, seguidos á su vez de lluvias, y viceversa.

Duodécima. El indicio más seguro de buen tiempo es cuando la bóveda celeste parece más distante de nosotros que de costumbre.

La industria del coral en Italia.—Esta industria, á pesar de su insignificancia relativa, representa, sin embargo, un gran negocio en Italia, y muy especialmente en Nápoles. Según datos estadísticos de una monografía referente á dicha industria publicada por el Sr. Canestrini, resulta que para la pesca del coral se emplean 4.200 marineros italianos, obteniendo todos los años, por término medio, unos 56.000 kilogramos de este producto natural, cuyo valor se eleva próximamente á 4.200.000 pesetas. El número de lanchas que ejecutan esta faena con matrícula italiana no baja de 500.

Medio para preservar el papel de la humedad.—A una disolución de cola fuerte se añade una pequeña cantidad de ácido acético, disuelto en agua mezclada con bicromato potásico. Bañando ligeramente cada hoja, se obtiene un papel impermeable.

Endurecimiento de la piedra caliza.—Una revista extranjera publica un procedimiento para endurecer las piedras calizas blandas, exento de los inconvenientes que suelen tener algunos de los usados actualmente, como, por ejemplo, la formación de sales higrométricas que mantienen la unidad del paramento.

Consiste en impregnar la piedra caliza con una solución concentrada de fluosilicato de magnesia, de alúmina, de zinc ó de plomo, con lo cual aquella adquiere gran dureza y no resulta producto alguno soluble ni higrométrico.

Este procedimiento no resulta caro, y las piedras sometidas á él soportan bien la inclemencia del invierno, sin grietarse ni hendirse bajo la acción de los fríos ni de las heladas.

Adicionando al líquido preservador una sustancia colorante, pueden imitarse las diversas variedades de mármoles, pudiendo usarse para dicho objeto sales de cromo, de hierro, de plomo y de otros metales.

Yacimientos de ámbar.—El ámbar impuro se utiliza para la preparación de barnices, así como las clases escogidas se emplean para collares, pipas y otros objetos de adorno, obteniendo las clases superiores un valor de 200 pesetas el kilogramo, aunque el precio medio puede fijarse en 20 pesetas.

Los principales yacimientos de ámbar se encuen-

tran en las costas del mar Báltico y al nordeste de Prusia, extrayéndose de ellos al año unos 80.000 kilogramos de ámbar, calculándose en 1.160.000 kilogramos la cantidad total obtenida desde principios del siglo actual.

El ámbar se halla en pedazos aislados de tamaño variable desde granitos pequeños á trozos de algunos kilogramos de peso, conservándose en el Gabinete de Mineralogía de Berlín un ejemplar de seis kilogramos. Esta sustancia yace en un banco de marga de un espesor de 24 á 30 metros, calculándose que en 4 metros cuadrados de superficie se halla medio kilogramo de dicha materia.

Es indudable que el ámbar se encuentra también en gran cantidad debajo del mar Báltico, entre la costa de Prusia y las islas de Bornholm, Oesel y Gothland, donde también se recoge dicha sustancia; que existe igualmente en la Siberia septentrional, en Kamtschatka y en el Estrecho de Behring, así como en las costas del mar Blanco, en Groenlandia, al sur de Sicilia, y en España en la provincia de Teruel.

Es sabido que el ámbar es una resina fósil, procedente de varias coníferas que poblaron en épocas remotas los terrenos donde ahora se encuentran los yacimientos de que se trata.

Aprovechamiento de los humos.—Una sociedad minera de los Estados Unidos de América ha puesto en práctica un modo de utilizar el humo resultante de la combustión del carbón vegetal que emplea para sus tareas, á cuyo efecto se hace pasar por unos condensadores que contienen cal y están rodeados de agua fría, produciéndose acetato de cal, alcohol, alquitran y gas; los tres primeros productos se separan como productos comerciales, y el último se utiliza para combustible en la misma fábrica y para alumbrado.

La proporción en que se obtienen los referidos productos es la siguiente, según la Revista de donde tomamos los datos:

De mil cuerdas de leña convertida en carbón, resultan 2.800.000 piés cúbicos de humo, del cual, por el procedimiento indicado, se obtienen 12.000 libras de acetato de cal, 200 galones de alcohol y 25 libras de alquitran. La cuerda á que nos referimos es una unidad forestal de volumen, cuyas dimensiones son ocho piés de largo, cuatro de ancho y cuatro de alto.

Nueva materia para engrasar.—Sabido es cuánto interesa á la industria una materia lubricante de buenas condiciones y económica, que facilite los movimientos y conserve toda clase de maquinaria. Es tan grande el consumo y el valor que representa este elemento industrial, que si no se economiza debidamente puede comprometer la escasa ganancia que constituyen los rendimientos de algunas industrias. Todos los días, al empezar el trabajo en los talleres, se entrega á cada operario la dotación de engrase que necesita la máquina que dirige, y si las hay de vapor, ó son grandes tornos, ventiladores, y en general mecanismos de gran fuerza y velocidad, las dotaciones cotidianas entran por kilogramos; así, pues, el engrasar es asunto importantísimo que continuamente se estudia á fin de economizar gastos. La materia lubricativa debe satisfacer las condiciones siguientes: 1.ª, no contener nada de agua; 2.ª, estar libre de todo cuerpo extraño sólido; y 3.ª, poseer cierta fluidez, teniendo en cuenta la estación en que se emplea.

Además conviene que sea ingrata al paladar, á fin de que no sea pasto de las ratas ú otros animales.

Mr. Bouffroy ha preparado un aceite especial que lleva su nombre, y con el cual pretende resolver tan complejo asunto.

Al efecto, utilizando el aceite mineral, parece ser que por medio de un aparato especial, que constituye su secreto, logra dar gran viscosidad, y aun casi solidificar el petróleo, hasta el extremo de poder sustituir al sebo en los usos en que ordinariamente se emplea esta materia.

Como quiera que el petróleo es una sustancia de excelentes condiciones lubricativas, si dicho inventor ha conseguido quitarle su excesiva fluidez, ha realizado un adelanto de verdadera importancia.

Betún hidráulico.—Para preservar los tubos de hierro ó de otros metales de la alteración por causa de la humedad, basta cubrirlos con un betún constituido por

Alquitran.....	1.000 gramos.
Cera amarilla.....	50 —
Sebo.....	50 —

Estos ingredientes se derriten á un calor moderado, la mezcla se aplica en caliente, y después de fría se endurece pronto. Puede esta preparación usarse para alucir paramentos, sobre carpintería, etcétera.

En las cañerías para agua caliente, la composición del betún debe ser:



MONS. FÉLIX ANTONIO FILIBERTO DUPANLOUP, CÉLEBRE OBISPO FRANCÉS.

Colofonia.....	1.000 gramos.
Goma copal.....	50 —
Gutapercha.....	20 —
Pez grasa.....	50 —
Cera amarilla.....	40 —

Se funde la colofonia y se añaden las demás materias, aplicándose en caliente la mezcla, que cuando se enfría se endurece.

Preservación del hierro.—El agua de lluvia y aun la humedad del aire que corriendo á lo largo de las barras verticales de las rejas se deposita en su parte inferior, no sólo destruye al cabo de algún tiempo el metal, sino que hace saltar también la piedra en que está empotrado á causa del mayor volumen que el óxido ocupa. Los arquitectos de la Edad Media prevenían con mucha facilidad este inconveniente usando para el empotramiento, en lugar del plomo, el litargirio fundido, sustancia que por su carácter ligeramente alcalino preserva al hierro de la oxidación durante siglos.

El café con agua destilada.—Todas las aguas potables contienen carbonatos terrosos en mayor ó menor cantidad, y, por lo tanto, al hacerse el café en ellas destruyen dicho carbonatos al tanino del café, quitándole así su mejor aroma y sus más excelentes cualidades de suavidad y de ciertos efectos tónicos que posee en alto grado. Haciendo el café en agua destilada, se nota en él un gusto especial con un aroma y una delicadeza que demuestra prácticamente cuanto queda dicho.

Lo mismo ocurre en las cervecerías al preparar la bebida nacional de los pueblos del Norte, siempre que se emplean aguas muy cargadas de bicarbonatos de cal, los cuales destruyen gran parte del tanino que contiene el lúpulo, haciendo perder á la cerveza el agente tónico por excelencia.

La experiencia es fácil de hacer, pues en cualquier farmacia puede proporcionarse el lector agua destilada, y haciendo café en ella se notará una gran diferencia al tomarle, que justificará ciertamente cuanto queda dicho.

El pulgón del manzano.—El pulgón que ataca los manzanos se extermina bañando la parte dañada con

sulfuro de carbono, evitando que esta sustancia toque las hojas y brotes, porque los destruiría, lo cual no sucede con la corteza del árbol.

También se usa para este objeto una solución concentrada de sulfuro potásico, ó bien alcohol con agua, que se extiende con un pincel ó esponja sobre el pulgón.



La muerte ha arrebatado en pocos días á dos venerables Prelados: al Ilmo. Sr. Dr. D. José de los Ríos y La Madrid, Obispo de Lugo, y al Reverendísimo Sr. Dr. Fray Pedro Núñez, Obispo de Coria.

El Prelado de Lugo había nacido el 30 de Marzo de 1802 en Aviada, provincia de Santander, y había sido consagrado el 28 de Febrero de 1858. Era un hombre de gran entendimiento, de sólida virtud, y lo que es más raro, de invariable carácter. Puede verse su biografía y retrato en la página 145 del tomo II de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA.

El Sr. Núñez Pernia, Obispo de Coria, nació en Benavente, provincia de Zamora, el 19 de Agosto de 1810. Era hermano del célebre médico Núñez y pertenecía, por lo tanto, á la ilustre familia de los marqueses de los Salados.

Tomó el hábito de monje en el real monasterio de San Benito de Sahagún, haciendo sus estudios en los colegios de la misma Orden, y fué exclaustrado siendo ya sacerdote.

En 1853 fué nombrado canónigo de Menorca, donde residió, graduándose de bachiller en Teología en aquel Seminario. En Noviembre de 1855 fué trasladado á la catedral de Barcelona, en donde residió hasta 1857, que fué nombrado para una canonía de Toledo. Recibió el grado de licenciado y doctor en Sagrada Teología en el Seminario de esta ciudad. En 1862 fué ascendido á abad de la Colegiata de Jerez de la Frontera, en donde residió hasta 1865, que fué nombrado arcediano de la primada de Toledo, residiendo allí hasta que fué preconizado Obispo de Coria en 24 de Setiembre de 1868, tomando posesión de este obispado en Marzo de 1869.

R. I. P.

ADVERTENCIA

Desde el año de 1877, en que comenzó á publicarse LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, no ha dejado de mejorar, hasta el punto de que, comparados los números actuales con los primeros, acusan, como ahora se dice, un adelanto sorprendente. Los precios de suscripción, sin embargo, no han variado.

No es nuestro ánimo, al menos por ahora, alterarlos; pero son tantos los perjuicios que se nos ocasionan con la morosidad y descuido de algunos corresponsales, que, siguiendo la práctica de todos los demás periódicos, hemos creído de equidad el subir los precios de las suscripciones hechas en casa de los corresponsales para subsanar en alguna parte los perjuicios que se nos irrogan. Bastará decir que abonamos el 25 por 100 á los corresponsales; de modo que de 60 reales vienen á quedar para nosotros 45. Agréguese á esto que algunos pagan mal y que la mayoría nos cuestan muchas cartas, y resultará que á veces nos son gravosas y cuestan dinero las suscripciones de los corresponsales.

Desde esta fecha, las suscripciones hechas en casa de los corresponsales costarán: por un año, 68 reales; por seis meses, 34 reales; y por trimestre, 18 reales.

Quedan los mismos precios antiguos para los corresponsales de Ultramar.

Madrid.—Tipografía del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús Juan Bravo, 5 (barrio de Salamanca).